10334

JOSÉ FOLA IGURBIDE

EL SOL DE LA HUMANIDAD

Drama moderno de tendencias sociales, en cinco actos, divididos en trece cuadros

CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

13

El Sol de la Humanidad

Drama moderno de tendencias filosófico-sociales, en prosa, en cinco actos, divididos en trece cuadros

ORIGINAL DE

D. JOSE FOLA IGURBIDE

Estrenado con extraordinario éxito
en el TEATRO APOLO, de Barcelona, la noche del
8 de Septiembre de 1910

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones
de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio
en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, 166.—BARCELONA

PRINTED IN SPAIN

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se han celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la **Sociedad de Autores Españoles** son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad

—

Droits de représentation, de traduction, et de reproduction reservés pour touts les pays, compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi antiguo y querido amigo el distinguido primer actor

Don Federico Parreño

Hace ya muchos años, siendo usted galán joven, estrenó mis primeros dramas «Teresa» y «El Clown». Más tarde dió un gran relieve escénico a la figura del Jaime de «La Pilarica», y ahora acaba de hacer la creación de Roberto Padewski.

Por muchos títulos tiene usted perfecto derecho a mi admiración y gratitud, así como los artistas que forman su compañía, quienes, con su inspiración y talento han coadyuvado al éxito verdaderamente extraordinario que ha obtenido «El Sol de la Humanidad».

EL AUTO

REPARTO

Catalina, esposa del filósofo Ovaldo Padewski	Sra.	Puchol
Beatriz, su hija	Srta.	Toscano
Julia, » »	»	Guitart
Emma, » »		
Ovaldo Padewski, humanista y filósofo	Sr.	Perelló
Roberto Padewski, ingeniero mecánico y miembro del Comité revolucionario de Rusia	»	Parreño
Guillermo Padewski, capitán de granaderos	»	Socías
del ejército ruso	»	Carnicero
Kurok, viejo revolucionario		
General Gurben, presidente del Consejo de ministros de Rusia	»	Delor.
Coronel Silok, alcaide de las cárceles militares de San Petersburgo	»	Viñals
	»	Delor
Presidente del Comité revolucionario	»	Rovira
Ciudadano, 1.º	»	Guillemany
Ciudadano, 2.º	»	Rigo
Ciudadano, 3.º	»	Casanova
Un revolucionario	»	Parreño (hijo)
Oficial de granaderos	»	José
Oficial de policía	»	José
Oficial de cosacos	»	Parreño (hijo)
Capitán ayudante de órdenes	»	Casanovas
Un polizonte	»	Viñals
Un cosaco	»	Viñals
Un guardián	»	Rovira

Ciudadanos. — Ministros del Imperio. — Granaderos. — Cosacos. Individuos de la policía.

EPOCA ACTUAL

TITULOS DE LOS CUADROS

I Idea, Forma y Materia.—II La sentencia del Comité Revolucionario.—III Enseñanzas para el pueblo.—IV A la lid fratricida. V El Domingo Rojo en San Petersburgo.—VI Noche de vértigo. VII Arresto del filósofo Ovaldo Padewski.—VIII Los dos héroes. IX Como se libra Kurok de las garras de la policía.—X Luz y Sombra: Evolución y Revolución.—XI Ante el Consejo de ministros.—XII Preparando el asalto.—XIII Cómo muere un filósofo.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala de lujo. Puertas laterales, primero y segundo término y al al foro. Mesa al lado derecho.

ESCENA PRIMERA

Aparecen CATALINA, sentada en primer término izquierda, rodeada, en posiciones adecuadas, por sus hijas BEATRIZ, JULIA y EMMA

CATALINA *(A Julia)* Pero vé de puntillas.

JULIA No haré el menor ruido. *(Vase hasta la puerta del cuarto primer término derecha. Observa desde allí lo que ocurre en el interior, y dice:)* Ni el de los siete durmientes.

CATALINA Nada tiene de extraño, porque el viaje es largo y penoso. No se viene en una hora de Berlín a San Petersburgo. Dejémosle que duerma.

JULIA *(Volviendo al lado de su madre)* Seis horas de un tirón.

BEATRIZ Bien puede haber descansado

CATALINA Veo que tenéis impaciencia por hablarle de nuevo.

EMMA ¿Y no lo hallas natural, después de una ausencia tan prolongada?

JULIA Más de cuatro años.

CATALINA Como que erais unas chiquillas cuando Roberto se fué a Alemania para terminar su carrera de ingeniero mecánico.

BEATRIZ *(A Catalina)* ¿No encuentras que ha perdido algo de su carácter expansivo?

612212

EMMA — Es verdad. Yo también lo he notado.

JULIA — Antes no era así, tan callado y taciturno.

CATALINA — ¿Qué querías que hiciese, con los huesos molidos y cayéndose de fatiga?

BEATRIZ — No sé explicarlo, pero...

CATALINA — *(Interrumpiéndola)* Las opiniones que se adquieren sin fundamento deben desecharse; para eso sirve el buen sentido.

BEATRIZ — Pero ésta no es una de esas opiniones.

CATALINA — ¿Por qué?

BEATRIZ — Porque has coincidido con la de mis hermanas.

CATALINA — Eso no importa para la mala apreciación de un hecho. ¿Acaso no hay errores comunes?

BEATRIZ — Me has vencido, mamá.

EMMA — Tú nos enseñas a distinguir lo bueno de lo malo, lo falso de lo verdadero.

CATALINA — No soy yo. Es vuestro padre quien nos enseña a todos.

JULIA — Bien dicen que es un sabio.

CATALINA — Diga la fama lo que quiera; nosotras debemos reconocer la superioridad de su entendimiento.

BEATRIZ — Como tú le queremos.

EMMA — Y como tú le admiramos.

CATALINA — Bien podéis admirarle y quererle, hijas mías; no tanto por su saber como por su buena voluntad. Es un hombre justo.

JULIA — *(Tratando de dirigirse al cuarto derecha)* ¿Le despierto, mamá?

CATALINA — *(Atajando su accióo)* No seas impaciente. Deja en paz a tu hermano.

JULIA — *(Acercándose de puntillas al cuarto)* Yo me acerco de nuevo. ¿Oyes?

CATALINA — ¿Qué?

JULIA — Sueña en voz alta... No sé qué dice del emperador...

CATALINA — Ven acá al punto. *(Julia obedece a su madre).* Quien sueña en alta voz no sabe lo que dice. Está indefenso.

JULIA Nueva enseñanza que quisiera pagarte con un beso. *(La besa en la frente.)*

CATALINA Aquí no hay pecado.

JULIA ¡Oh, dulce madre mía!

CATALINA Ni error tampoco.

BEATRIZ ¿Cómo ha de haberlo si eres tan buena?

EMMA ¡Y tan cariñosa!

JULIA ¡Y tan indulgente

CATALINA Dejad ese ramillete de elogios para el día de mi santo.

JULIA ¿Pecamos en esto?

CATALINA Quiero deciros que el elogio muy prodigado se parece a la flor delicada que se manosea mucho; pronto se desvirtúa. Queredme cuanto queráis, mas sin decirlo. El perfume de las flores, como el de las almas, se comunica en silencio; no lo olvidéis.

BEATRIZ Alto ahí. Levanto bandera de rebelión.

EMMA Yo me voy contigo.

JULIA Yo también.

CATALINA ¡Donosa rebeldía! ¿Qué queréis?

BEATRIZ Decir lo que sienten nuestros corazones.

JULIA Pero bien alto.

EMMA Bien alto.

BEATRIZ El cariño debe salir a los labios.

JULIA ¡Abajo el silencio!

BEATRIZ ¡Te queremos!

EMMA ¡Te queremos!

JULIA ¡Te queremos!

CATALINA Me habéis acobardado. Capitulo.

BEATRIZ ¡Viva mamá!

TODAS ¡Viva!

CATALINA *(Señalando la puerta derecha.)* Silencio, desventuradas.

EMMA ¡Ay! Es verdad.

BEATRIZ Nos habíamos olvidado de Roberto.

JULIA A nuestro hermano no le despierta ni el estampido de un cañonazo.

EMMA Ni que fuera un gusano de seda.

BEATRIZ Aquí viene papá.

ESCENA II

Dichas y OVALDO PADEWSKI, por el foro.

OVALDO ¿Duerme todavía?

CATALINA Sí.

JULIA De eso nos quejamos.

OVALDO Hacéis mal, porque atentáis contra su reposo. Idos. Dejadme a solas con vuestra madre.

BEATRIZ Yo, a mis flores.

JULIA Yo, a mi pintura.

EMMA Yo, a mi música. *(Vanse Beatriz y Julia por la segunda derecha y Emma por la segunda izquierda.)*

ESCENA III

CATALINA Y OVALDO

OVALDO Que duerma, que bien lo necesita.

CATALINA *(Con cierta intención aproximándose cariñosamente a su esposo.)* Ovaldo, esposo mío...

OVALDO *(Adivinando el pensamiento de su esposa.)* Admiro tu sagacidad. Nada puedo ocultarte.

CATALINA ¿Qué tienes?

OVALDO Una sombra que trata de convertirse en arruga. ¡Llevo ya tantas en la frente!

CATALINA No me había equivocado.

OVALDO Recupera tu asiento y hablemos; pero aguarda. *(Vase al cuarto primer término derecha; y párase a escuchar.)* Nada hay que temer. Su sueño se parece al de los justos.

CATALINA ¿Y no lo es?

OVALDO Nadie sabe a ciencia cierta dónde se halla la verdadera justicia. Quizá lo sea.

CATALINA Me debes una explicación.

OVALDO Confieso mi deuda, pero prepárate para que tu ansiedad vaya modulando. Este es el modo de evitar el choque, la sacudida.

CATALINA Grave es lo que tienes que decirme.

OVALDO Fuerza es que sepas que nuestro hijo Roberto... pero no, no es así como debo empezar.

CATALINA Ahórrate camino si tropiezas con muchas espinas.

OVALDO Todo se andará haciendo un pequeño roeo. Ya sabes que ha terminado su carera de ingeniero mecánico.

CATALINA Con notas sobresalientes.

OVALDO Podemos vanagloriarnos de ello. Sus maestros le consideran como uno de los técnicos de mayor ilustración.

CATALINA Efectivamente.

OVALDO Hasta aquí hemos ido por senda de flores, pero hoy ha llegado a mis manos un heraldo funesto.

CATALINA ¿Un heraldo?

OVALDO Una carta de Berlín, de su profesor de matemáticas, el sabio Lambert, que me honra de antiguo con su amistad.

CATALINA ¿Y qué dice?

OVALDO ¿Quieres leerla? Aquí la traigo.

CATALINA No hace falta; refiéreme su contenido

OVALDO Me escribe que nuestro hijo Roberto se halla afiliado al partido de la Revolución, que tan poderosamente germina en las entrañas de Rusia.

CATALINA ¡Roberto! ¿Nuestro hijo?

OVALDO No he terminado.

CATALINA Aguarda un poco. Ahora soy yo quien pide aliento.

OVALDO Toma el que quieras. *(Pausa.)*

CATALINA Ya he respirado; prosigue.

OVALDO Afirma el sabio Lambert, en su carta, que las ideas más violentas y radicales se han apoderado del cerebro de nuestro hijo, hasta tal punto, que cree de su deber recomendarnos la mayor vigilancia, porque le inspira mucho cuidado su venida a San Petersburgo.

CATALINA ¿Y qué quiere suponer con esa obscura reticencia? ¿Qué ha venido Roberto para llevar a cabo alguna mala acción? Eso, no. Respondo de las intenciones de nuestro hijo. La sabiduría humana verra tam-

bién, porque no es infalible. Lambert se equivoca.

OVALDO ¡Qué hermosa explosión acaba de tener tu amor de madre! ¡Qué chispa tan sublime la ha producido!

CATALINA ¿Pero tú crees?...

OVALDO Lo que dice mi amigo.

CATALINA ¿De modo que soy yo quien mira al través de un falso cristal?

OVALDO No llames falso cristal al amor de madre. En ese estallido de tu alma se esconde la ley de la verdadera vida. Si Dios hubiese transferido su poder a una madre para que ésta hubiera formado el mundo desde su origen, ¡qué obra tan magna hubiera salido de sus manos! ¡La vida humana sería una hermosa realidad!

CATALINA Bello es lo que dices, pero no me persuade de que nuestro hijo haya venido a San Petersburgo con malos propósitos.

OVALDO Así es la verdad.

CATALINA ¡Tan justo en tus opiniones y tan seco en tus respuestas!... Noto que ya empieza a desmayar mi espíritu.

OVALDO Ponte en el fiel de la balanza, que se halla en la serenidad de la conciencia. Ni tú ni yo somos responsables de lo que sucede. Le llevamos a Berlín para que estudiara leyes mecánicas, pero los tiempos andan revueltos, exaltando las ideas de la juventud, y Alemania nos lo devuelve convertido en un revolucionario, enamorado de las utopías más radicales. No es nuestra la culpa.

CATALINA ¿Y qué temes?

OVALDO *(Sacando un diario y entregándoselo a Catalina.)* Lee aquí lo que dice este diario.

CATALINA *(Leyendo.)* «Telegrama de Berlín.»

OVALDO Ahí.

CATALINA «Ha sido denunciada a las autoridades berlinesas la existencia de un complot fraguado por algunos miembros del Comité

revolucionario de Rusia, que se hallan emigrados en esta capital. Afírmase que algunos de ellos han salido ya para San Petersburgo, con objeto de llevar a vías de hecho un nuevo atentado contra la vida del Czar.» *(Pausa. En voz muy baja.)* ¿Pero esta noticia?...

OVALDO Por sí sola no constituye prueba, convenido; pero debemos aceptarla como un grave indicio.

CATALINA Sería monstruoso que Roberto... ¡Ah! y ahora caigo en otro hecho significativo, muy significativo.

OVALDO ¿Cuál?

CATALINA ¿No observaste la impresión que le produjo la noticia que le dimos del ascenso a capitán de su hermano Guillermo, con traslado a la guarnición de San Petersburgo?

OVALDO Un relámpago de sombra que anubló su semblante.

CATALINA Pasó como un ave obscura. ¡Ay, esposo de mi alma! Ya tengo miedo.

OVALDO No vayamos ahora demasiado lejos, Catalina.

CATALINA Te llaman el sabio, el filósofo, el maestro del pueblo. Tus obras se traducen a todos los idiomas. Confío en tu ciencia del Mundo y de la Vida.

OVALDO ¡La Vida y el Mundo! Antes sería preciso desentrañar el misterio que encierran esas dos esfinges.

CATALINA ¿Acaso no hay esperanza?

OVALDO Comprendo la intensidad de tus angustias. Procuraré, con esta deleznable ciencia que poseo, llevar algún rayo de luz al cerebro de nuestro hijo. Este es el gran problema, esposa mía; doblegar una voluntad.

CATALINA ¿Oyes ruido?

OVALDO Ha debido despertar.

CATALINA Se estará vistiendo.

OVALDO Apercibámonos para la lucha.
CATALINA ¿Qué debo hacer?
OVALDO Inúndale con el amor de tu alma.
CATALINA Aquí viene.

ESCENA IV

Dichos y ROBERTO, por la primera puerta derecha

ROBERTO ¿Estábais aquí mientras yo dormía?
CATALINA Profundo ha sido tu sueño.
OVALDO Y largo. Más de seis horas.
ROBERTO Mi sueño nunca es completamente tranquilo. Lo atribuyo a mi temperamento nervioso.
CATALINA ¿Pero te encuentras bien? ¿Ha desaparecido ya aquella fatiga?
ROBERTO Eso sí.
OVALDO La intranquilidad de tu sueño puede explicarse. El tren nos comunica sus vibraciones, y el organismo se agita por un exceso de dinamismo molecular.
ROBERTO Decidme: ¿Cómo os halláis?
OVALDO Hay diversidad de pareceres.
ROBERTO ¿Pero, mejor o peor?
CATALINA Por mi parte...
OVALDO *(Interrumpiéndola.)* Que nos diga primero su opinión. ¿Cómo crees tú hallarte?
ROBERTO No sé qué deciros.
OVALDO Malo.
ROBERTO ¿Por qué?
OVALDO Porque si tú mismo no sabes cómo te encuentras, ¿cómo quieres que lo sepamos los demás?
CATALINA Yo te encuentro desmejorado; cuanto a tus hermanas, te han hallado poco expansivo, algo taciturno.
ROBERTO Sin embargo, nunca me consideré con mayor brillo. Me siento vigoroso; casi atlético.
OVALDO No lo revela así tu semblante. Temo que tanta bizarría se deba a un exceso de ima-

ginación. Tú crees que abundan en tu sangre los glóbulos rojos, y, por el contrario, su pobreza es la que da origen a esas exaltaciones de los nervios, que piden una sangre más generosa. Te creerás lleno de salud, y estarás enfermo. Pareceráste un gigante, y no serás en el fondo más que un pobre pigmeo.

ROBERTO Doblemos la hoja, si os parece. ¿Y mi hermano Guillermo?

CATALINA No tardará en venir. Arde en deseos de darte un abrazo.

ROBERTO ¿Vive aquí con vosotros?

CATALINA Naturalmente. Ese es y será su hogar mientras permanezca soltero.

ROBERTO ¿No se hallaba bien en Moscou?

OVALDO Pero se encuentra mucho mejor en San Petersburgo, al lado de sus padres.

ROBERTO ¿Ascendido a capitán? Se hallará muy ufano con sus nuevos galones. ¿Qué méritos hizo?

OVALDO Llevó a cabo con gran éxito una delicada y peligrosa misión que le confiaron sus jefs.

ROBERTO ¿Tomaría parte en los sucesos que ensangrentaron las calles de Moscou?

OVALDO Cumplió con su deber.

CATALINA Con harto disgusto mío, que no vivo ni sosiego desde que se ha iniciado esta serie de asonadas por las calles.

ROBERTO Tú no querías que fuese militar.

CATALINA De ningún modo, pero era tanta su vocación, que no hubo más remedio que transigir.

OVALDO Yo también me opuse, pero al cabo cedí.

ROBERTO Tiene un carácter duro, mi hermano.

OVALDO Bueno para su carrera.

CATALINA Para otros será duro; no para su madre.

ROBERTO Y para ti también, porque pudo ahorrarte muchas penas siguiendo cualquiera otra profesión más liberal y menos llena de alarmas y peligros.

OVALDO Muy bien, Roberto. Así habla un buen hijo.

ROBERTO ¿Me aplaudes?

OVALDO Sí; porque, a juzgar por lo que dices, te hallas dispuesto a no hacer nada que disguste a tu madre.

ROBERTO No he pretendido tampoco zaherir a mi hermano.

CATALINA ¿Y por qué le habías de zaherir? ¿Por su carrera militar? ¿Se trata, acaso, de alguna profesión deshonrosa?

ROBERTO Ni mucho menos; pero sí poco en armonía con los tiempos que atravesamos. Apelo al testimonio de papá.

OVALDO Esa es cuestión muy delicada para ser debatida tan a la ligera. Ya la discutiremos más adelante.

ROBERTO Que se lo pregunte a las familias de los obreros muertos en Moscou.

OVALDO Ahora soy yo quien dobla la hoja.

ROBERTO ¿Y mis hermanas?

CATALINA Aquí estuvieron aguardando a que despertases.

ROBERTO Llámalas.

OVALDO Antes hablemos de tu estancia en Berlín. ¿Estás satisfecho de tus maestros? ¿Quedaste contento del profesor Lambert?

ROBERTO A él debo mis conocimientos en ciencias exactas. Es un matemático ilustre, pero le encuentro muy apegado a lo viejo; demasiado doctrinal. Carece de espíritu progresivo, aferrado a muchas teorías anticuadas.

OVALDO Pero es un espíritu hondamente analítico. Nada resiste a su escalpelo científico.

ROBERTO Admira tu libro *El Sol de la Humanidad* y tu sistema simbólico para explicar los problemas más transcendentales del Universo. Allá le dejé muy preocupado con el estudio de los símbolos.

OVALDO Le conozco a fondo. Será mi discípulo predilecto.

ROBERTO Oigo ruido de espuelas.
CATALINA Tu hermano que llega.
OVALDO Aquí le tienes.

ESCENA V.

Dichos y GUILLERMO, capitán de granaderos del ejército ruso.

GUILLER. *(Abrazando muy efusivamente a su hermano.)* ¡Oh, mi querido Roberto!
ROBERTO ¡Hola, Guillermo!
GUILLER. Aprieta, hombre, aprieta, que bien lo merece tan larga ausencia
ROBERTO Cuatro años sin vernos.
GUILLER. Aquí me tienes convertido en un guerrero.
ROBERTO Dichoso tú que puedes lucir tan magnífico uniforme.
GUILLER. Pero tú puedes lucir tu gran inteligencia, que es el traje de gala de los cerebros privilegiados, aunque no se luzca por fuera. ¡Oh! Ya sé que vienes hecho un maestrazo.
ROBERTO ¡Pobre de mí! Valiente cosa. ¡Un ingeniero mecánico! La espada es la que priva hoy en todos los países del mundo. Estás de enhorabuena. Llagarás a general.
CATALINA No llegará, si atiende a mis consejos.
GUILLER. *(Abrazando cariñosamente a su madre.)* Aquí la tienes tan madraza como siempre. Tratándose de cualquiera de sus hijos se asusta hasta del ruido de un pájaro.
CATALINA Así, con palabras dulces, te apoderaste de mi voluntad. Buenos sobresaltos me cuesta.
CATALINA Dejadme vivir, ¡qué diablo!
ROBERTO Y acuchillar a medio San Petersburgo si viene el caso. ¿No es verdad, Guillermo?
GUILLER. Tú lo has dicho. Me gusta el oficio. Cierto que tiene sus quiebras, pero no carece de encantos.

ROBERTO Siempre fuiste arrojado. Siempre amaste el peligro.

GUILLER. Y tú amaste siempre la ciencia. Allí donde veías una rueda dentada, te detenías a reflexionar.

OVALDO Son vocaciones innatas que se desarrollan al par que el organismo. Uno de los términos del proceso de la generación y evolución de cada individuo. Estas predisposiciones naturales suelen tener una fuerza incontrastable. Por eso yo no me opuse tenazmente a que siguieseis cada cual la corriente de vuestras espontáneas inclinaciones.

GUILLER. Y por eso tienes la gratitud con el cariño de tus hijos. ¿Vas a permanecer con nosotros mucho tiempo?

ROBERTO Según las circunstancias.

GUILLER. Aquí estamos siempre sobre las armas. No salgo del cuartel. Con perdón de nuestro padre, ya estoy harto de esos malditos revolucionarios.

ROBERTO Que harán triunfar la Revolución; no lo dudes.

GUILLER. No digas eso muy alto aquí, en San Petersburgo.

OVALDO Ni tú tampoco, Guillermo, debes expresarte en términos tan vehementes contra los hijos del pueblo, que luchan para que nuestro país se ponga al nivel de la moderna civilización.

ROBERTO Oye lo que dice nuestro padre.

GUILLER. Siempre le oigo con respeto y admiración, mi querido hermano.

OVALDO Todo puede decirse en el seno del hogar. La Revolución empieza con fulgores de sangre y acaba despidiendo brillantes y humanos resplandores, pero sólo debe aceptarse a título de accidente en la marcha y progreso de las Sociedades. La ley de la Historia se encuentra sólo en la Evolución. Hemos tocado al punto magno de

las dudas de todos los pensadores... La vida humana lleva oculto ese pavoroso problema que justifica ilógicamente la necesidad de la violencia.

ROBERTO La Revolución en las Sociedades es tan precisa como la tempestad en la Naturaleza.

OVALDO ¿Qué opinas tú, Guillermo?

GUILLER No me considero con bastante capacidad para dilucidarlo. Me mandan cargar al frente de mi compañía de granaderos, y cargo. Me ordenan que pegue un tajo, y lo pego.

ROBERTO ¿Pero a quien? Este es el caso.

GUILLER. Al primero que ponga la cabeza o el cuello debajo de mi sable. Mi oficio no tiene tan intrincadas ni hondas filosofías.

OVALDO Tú representas una fuerza social. Lo malo es que no siempre la ordenanza te pone al servicio de la Razón y de la Justicia.

CATALINA En eso consiste el fundamento de mis temores. Grande sería mi dolor si te trajesen a mis brazos herido y ensangrentado, pero aun sería mayor mi duelo si llegase a mi conocimiento que te habían mandado hacer mal uso de tus armas.

ROBERTO Dalo por hecho, madre.

CATALINA Ya asoman tus hermanas. No ha sido necesario llamarlas.

ESCENA VI

Dichos, BEATRIZ, JULIA y EMMA, por donde se fueron

BEATRIZ ¡Bendito dormilón!

ROBERTO Ya desperté. Echad las campanas al vuelo.

JULIA ¿Has descansado?

ROBERTO Sí.

JULIA Eso es lo principal.

ROBERTO Dispensad que al llegar esta mañana no estuviese con vosotras más risueño y solícito. Venía muy fatigado.

EMMA No necesitas darnos explicaciones.

BEATRIZ Molido llegarías.

ROBERTO Tened por entendido que, a pesar de mis graves estudios, os he recordado siempre.

BEATRIZ Como nosotras, porque no ha pasado día que no hayamos hecho mención de alguna de tus travesuras de muchacho.

ROBERTO ¿He sido yo travieso, madre?

CATALINA Pregúntalo a tus hermanas.

ROBERTO ¿He sido yo travieso?

JULIA Un poco nada más.

EMMA No tanto como Guillermo.

GUILLER. Reclamo mi puesto de honor.

BEATRIZ Nos perseguías con un palo.

JULIA Nos escondías las muñecas.

ROBERTO Pero no las descabezaba, como hacía nuestro hermano.

OVALDO Ya salió lo del tajo, Guillermo.

GUILLER. Es verdad.

ROBERTO Para ser completamente imparciales deberíais también decir quién era aquel muchacho que en nuestras excursiones campestres asaltaba las tapias de los jardines para traeros las flores más delicadas y olorosas.

CATALINA Y los frutos más exquisitos.

JULIA Tú eras, tú.

EMMA Tienes razón, pobre Roberto

BEATRIZ ¿Y quién era aquel gato que asomaba por los aleros de los tejados para atrapar nidos de jilgueros?...

ROBERTO Yo era, yo.

JULIA No nos hemos olvidado nunca de tus hazañas.

ROBERTO Beatriz, has crecido mucho.

CATALINA Há cosa de un año, todo de un tirón.

GUILLER. Pero no ha sido sólo de estatura, sino también de inteligencia.

CATALINA Es una especialidad en bordados y flores.

BEATRIZ ¡Mamá!...

CATALINA Modestia a un lado, hija mía

ROBERTO ¿Y Julia?

GUILLER. Pinta admirablemente

JULIA Sin lisonja, ¿eh? Sin lisonja.

GUILLER. Ha copiado con toda fidelidad unos cuadros de Velázquez, el gran pintor español.

ROBERTO ¡Hola!

EMMA Dos pasos al frente. Yo toco el piano a las mil maravillas. Paderewski, a mi lado, resulta un aprendiz. Lo digo antes que otro se anticipe.

ROBERTO Tú siempre fuiste la más vivaracha y alegre.

EMMA Soy Emma, no lo olvides.

CATALINA Ya te enseñarán luego su colección de cuadros y bordados. Dígase también entre nosotros. Beatriz, con sus flores, y Julia, con sus cuadros, ya tienen mercado.

ROBERTO ¿Ganan con su arte?

OVALDO Para los pobres.

ROBERTO ¡Ah! ¿Para los pobres?

OVALDO Y no es una bicoca.

CATALINA Sí; para los obreros que quedan sin trabajo.

OVALDO Todo no ha de ser acuchillarles, como Guillermo.

GUILLER. ¡Buena frase, papá!

EMMA Yo soy improductiva. No gano nada. Lo mismo que el ruiseñor, que canta de balde. Por eso no he dado ahora dos pasos al frente.

OVALDO Es el ángel de esta casa.

EMMA Angel con caja de música.

OVALDO Hasta mi gabinete de estudio llegan los dulces ecos de su instrumento favorito. El genio de Mozart, la sublimidad de Beethoven, las tristezas de Chopin.

EMMA Etcétera, papá, etcétera.

OVALDO Bueno, etcétera; genio, sublimidad y tristeza parece que aletean en sus manos.

EMMA Esa imagen te ha salido muy bien.

GUILLER. Todo eso no es nada, Roberto.

ROBERTO ¿Qué queda?

GUILLER. Nuestras hermanas constituyen los tres símbolos de que se sirve nuestro padre Se han aprendido de memoria todo su sistema filosófico.

OVALDO Algo añaden de su propia cosecha. ¿Quieres oirlas?

ROBERTO Lo deseo con toda mi alma

BEATRIZ *(A sus hermanas.)* A formar, como diría Guillermo. *(Se sitúan en línea recta frente al público.*

EMMA Ya estamos

OVALDO Empezad.

BEATRIZ Yo soy la Idea.

JULIA Yo soy la Forma.

EMMA Yo soy la Materia.

OVALDO Tomando como base esos tres símbolos verás qué luz tan poderosa derrama en nuestro espíritu la forma hablada, conforme al modo de ser de cada uno de ellos

ROBERTO No pierdo sílaba.

OVALDO Tú, Beatriz, que simbolizas la Idea: muévete.

BEATRIZ No puedo moverme sin una ley que me sirva de Principio.

OVALDO Muévete, Forma.

JULIA No puedo moverme sin una Idea que me dé dirección.

OVALDO Muévete, Materia.

EMMA No puedo moverme sin una Forma que me dé sus límites.

ROBERTO Admirable.

OVALDO *(A Roberto.)* ¿Qué interpretación les das a estos símbolos?

ROBERTO La que tienen, muy clara y sencilla. No hay Idea sin Principio, ni Forma sin Idea ni Materia sin Forma.

OVALDO Las tres van unidas en todos los seres y en todos los fenómenos de la Vida.

ROBERTO ¿Contestarán a mis preguntas?

OVALDO Como quieras.

ROBERTO ¿De dónde toma origen vuestra infinita variedad?

BEATRIZ En el movimiento se halla la variedad de mis ideas.

JULIA El movimiento produce la variedad de mis formas.

EMMA Al movimiento se debe la variedad de mis substancias.

ROBERTO ¿Luego sois?

BEATRIZ Fuerza.

JULIA Fuerza.

EMMA Fuerza.

OVALDO Así resultan muy comprensibles las ideas filosóficas. ¿No es verdad?

GUILLER. Tanto, que son asequibles hasta para mi pobre entendimiento.

OVALDO Fíjate ahora bien en las respuestas que van a dar a mis preguntas.

ROBERTO Me hallo absorto.

OVALDO Decidme: ¿qué es la vida?

BEATRIZ Yo le doy conciencia.

JULIA Yo le doy presencia.

EMMA Yo le doy esencia.

OVALDO ¿Cuál es el concepto más superior que tenéis de la vida?

BEATRIZ Es inviolable como principio.

JULIA Es sagrada como imagen.

EMMA Es eterna como substancia.

ROBERTO Esa es la vida en conjunto, pero no la existencia en particular. La vida de un hombre, por ejemplo, ¿qué valor tiene?

OVALDO *(Tras larga pausa.)* Las has sorprendido con esa pregunta. Habré yo de contestarla.

BEATRIZ No es necesario, papá. He reflexionado y puedo dar la respuesta.

OVALDO Es muy sencilla.

ROBERTO Ya te escucho, Beatriz.

BEATRIZ La vida de un hombre es inviolable, porque siéndolo el todo también debe serlo la parte.

OVALDO Bien, hija mía, muy bien.

GUILLER. Bravo, hermana.

CATALINA Lo has acertado, Beatriz.

ROBERTO *(Muy contrariado.)* (Me siento avergonzado. Deseo tomar algunas notas, padre.

OVALDO Cuando quieras. Sobre la mesa tienes papel y pluma.

ROBERTO *(Sentándose.)* (Me ha impresionado profundamente la respuesta de mi hermana. ¿Habrán notado mi turbación?)

OVALDO (Marcháos sin hacer ruido. Quiero hablar a solas con Roberto.)

GUILLER Está bien.

CATALINA Vamos, hijas. *(Vanse Catalina y Guillermo por el foro. Beatriz y Julia, por la segunda derecha, y Emma por la segunda izquierda.)*

ESCENA VII

OVALDO y ROBERTO

ROBERTO La vida del hombre es inviolable, pero no la del déspota, la del verdugo, la del tirano.

OVALDO ¿No has concluído todavía?

ROBERTO ¿Cómo? ¿Se han marchado?

OVALDO No importa, estoy yo aquí para hacer sus veces.

ROBERTO Me adhiero a tus símbolos

OVALDO Yo deseo también hacerte algunas preguntas.

ROBERTO ¿Qué luz puedo prestarte?

OVALDO Mucha, si eres sincero. Sírveme de símbolo.

ROBERTO ¿Qué condiciones se requieren para ello?

OVALDO Despójate de todo prejuicio Escudriña el fondo de tu alma hasta encontrar la verdad, y luego contesta. *(Sentándose frente a Roberto.)* Mesa por medio. Haremos una experiencia.

ROBERTO Pregunta.

OVALDO ¿Quién eres como símbolo?

ROBERTO La ciencia mecánica.

OVALDO Examínate más profundamente hasta conocerte a ti mismo. ¿Quién eres?

ROBERTO Un ideal humano moderno y progresivo.

OVALDO Más adentro.

ROBERTO Soy la revolución.

OVALDO Ese es el símbolo. Ahora dime: ¿la vida de un hombre es inviolable?

ROBERTO La del hombre bueno. No la del malo.

OVALDO ¿Y quién establece la línea divisoria que debe distinguir al hombre bueno del hombre malo?

ROBERTO El hombre bueno.

OVALDO ¿Y dónde está el hombre bueno que tiene que fijar esta línea divisoria, cuando esta misma línea divisoria es la que se necesita de antemano para determinar al hombre bueno?

ROBERTO Me has confundido.

OVALDO ¿Debe o no ser respetada la vida humana? Esta es la pregunta.

ROBERTO No me atrevo a decirlo.

OVALDO Vamos a ver. ¿A qué has venido a San Petersburgo?

ROBERTO *(Desconcertado.)* ¡Padre.

OVALDO *(Dando a sus frases creciente autoridad.)* ¿A qué has venido a San Petersburgo?

ROBERTO *(Balbuceando.)* ¿Pero esa pregunta?.

OVALDO *(Con irresistible acento de autoridad.)* ¿A qué has venido a San Petersburgo? *(Pausa.)* La verdad, Roberto.

ROBERTO *(Con resolución.)* Sea la verdad. A luchar contra el Emperador. Ya me has arrancado el secreto. *(Ocultando el rostro con las manos.)*

OVALDO *(Pausa.)* No te amilanes ni avergüences: ya lo sabía.

ROBERTO ¡Ah! ¡Lo sabías!

OVALDO Los años me dan mucha experiencia.

ROBERTO ¿Y no me apostrofas y denigras? ¿Y no me pulverizas con el rayo de tu cólera?

OVALDO En vez de encolerizarme, reflexiono.

ROBERTO Castígame.

OVALDO No debo hacerlo.

ROBERTO ¿Qué intentas?

OVALDO Convencerte de que tratas de infringir una ley moral, acaso la más imperiosa del Universo: el respeto a la vida.

ROBERTO ¿Aceptas también la ley de defensa?

OVALDO Aceptada.

ROBERTO ¿Puedo defenderme?

OVALDO Defiéndete.

ROBERTO ¿Hasta dónde, padre?

OVALDO Hasta olvidar que eres mi hijo, si así conviene al interés de tu defensa. Emplea todos los explosivos de tu entendimiento para hacerlos estallar dentro de mi cerebro, y que hagan pedazos mis ideas si a tanto llega su poder. Esa es la dinammita sublime. Empieza cuando quieras.

ROBERTO Yo soy la Revolución y no puedo respetar la vida del tirano.

OVALDO No matarás, replica mi ley. Ni al mismo juez le es permitido dictar sentencia de muerte contra el hombre.

ROBERTO Entonces dime: ¿por qué mata la Naturaleza?

OVALDO *(Abatido.)* ¡Esa es la Esfinge!

ROBERTO ¿Por qué hace el sacrificio de unos seres la dicha de otros? ¿No es nuestra madre común? ¿Por qué mata a sus hijos?

OVALDO Explica, explica esto.

ROBERTO Párate a mirar aquella mariposita que gira alegre con la dicha de vivir manifestada en todos sus revuelos. De pronto se siente enganchada por una forma poligonal casi invisible, tendida allí con pérfida voluntad y con el estímulo feroz que presta la conservación de la vida. La pobre mariposa aletea inútilmente para recobrar su libertad dentro de la viscosa red que la aprisiona, y a poco sale a escena el negro y repugnante personaje, autor de

la emboscada, que saborea con deleite las mieles que le proporciona aquel doloroso sacrificio. ¿Es esto justo? ¿Es ético? ¿Es bello siquiera?

OVALDO No lo es. La mariposilla podría llevarle a la araña el necesario alimento, bien extraído del cáliz de ciertas flores, bien tomado de otros jugos alimenticios, y la araña podría dedicarse a perfeccionar sus polígonos. Soy adversario leal. Sigue.

ROBERTO ¿Dónde está ese respeto que tanto encomias? ¿No ves en qué tiempo tan breve se lleva a cabo tan estupendo sacrificio que descompone y destruye la maravillosa máquina de nuestra vida, como cosa inútil y supérflua?

OVALDO ¡Es verdad!

ROBERTO Mañana, cuando yo ejerza mi profesión de mecánico, emplearé toda mi ciencia en la construcción de un mecanismo prodigioso. Atraeré sobre mi obra la admiración universal, y cuando la máquina haya tomado movimiento, maravillando a todos con la regularidad de sus funciones, la haré pedazos. Esto es lo que hace la Naturaleza con sus organismos. Pide respeto para la vida, padre.

OVALDO ¡A qué absurdo tan obscuro nos conduce tu implacable lógica!

ROBERTO Tú llegas a ese absurdo. Yo llego a esta conclusión. Puesto que la Naturaleza nos enseña a matar, y ella es la que nos sirve de modelo para regir las funciones de nuestra vida, aprovechemos sus enseñanzas, no para imitarla, destruyendo sin causa racional à infinidad de seres inocentes, sino para llevar a cabo la revolución como principio de vida y salud de los pueblos, haciendo que muerdan el polvo los tiranos de todas las castas y los verdugos de todas las especies.

OVALDO ¡Aguarda! Aguarda a que se desprenda

alguna luz de ese aluvión de sombras que han descargado sobre mi cerebro.

ROBERTO *(Paseándose por la escena mientras Ovaldo medita.)* Medita, que aun me propongo auxiliarte. Supongamos que todos esos daños se nos infieren a título de compensaciones futuras. Aceptemos la doctrina religiosa.

OVALDO No, eso no. Hacer un daño para repararlo luego nunca puede servir de fundamento de justicia.

ROBERTO Abandona tu ley de respeto a la vida y déjame en libertad para obrar conforme a mis principios.

OVALDO *(Irguiéndose majestuosamente.)* No, y mil veces no. La conciencia se rebela contra toda doctrina de muerte, y la conciencia es la luz de nuestra vida. ¿Sacas tus ejemplos de la propia Naturaleza? No basta. Si ella te enseña a destruir matando, yo te enseño a edificar viviendo... ¡Matar es malo! Eso no podrá justificarse jamás por ninguna enseñanza. Si mata la Naturaleza es porque hay algo en ella que no descansa sobre los principios de Moral eterna.

ROBERTO Entonces dejemos a los oprimidos que sucumban en manos de los opresores. ¡Abandonemos a los pueblos a una eterna esclavitud!...

OVALDO No me has comprendido, Roberto. Antes has oído decir que la Revolución, si no como ley, era precisa como accidente. Fíjate bien en mis palabras. Lo que tu padre no quiere es que tu conducta pueda dar lugar a que mañana se lea en las páginas de la Historia: Ovaldo Padewski, humanista y filósofo. Roberto Padewski, asesino del Emperador de Rusia.

ROBERTO ¡Ah! Ya te comprendo.

OVALDO Quítame esa sombra y vete luego a morir a una barricada, si te place, en pro de tu ideal revolucionario.

ROBERTO ¡No me es posible, padre!

OVALDO ¿Quién te lo impide?

ROBERTO Compromisos de honor que no pueden dejar de cumplirse sino a merced de determinadas circunstancias.

OVALDO Hemos terminado. *(Va al foro.)* ¡Catalina! ¡Catalina! *(Suenan dentro los acordes del piano, en que Emma ejecuta una melodía sentimental.)*

ESCENA VIII

Dichos y CATALINA por el foro.

CATALINA ¿Llamas, Ovaldo?

OVALDO Dale un beso a tu hijo. Se va de esta casa para siempre.

ROBERTO ¡Oh!

CATALINA ¿Qué escucho? ¡No esperaba este desenlace! *(Dejándose caer en una silla.)* ¡Me has matado, Roberto!

OVALDO Despídete de tu madre.

ROBERTO ¡Mi madre llora! No sabía que las lágrimas de una madre fuesen como los eslabones de una cadena. Atan mi voluntad.

CATALINA *(Abismada en su pena.)* ¡Ay! ¡Cuán grande es mi dolor! ¡Cuán grande es mi dolor!

OVALDO ¿A qué aguardas?

ROBERTO Puesto que ya no he de volver a la casa donde nací, te pido una gracia

OVALDO ¿Cuál?

ROBERTO Déjame permanecer en ella por esta noche.

OVALDO Sea esta noche. Hasta mañana. *(Vase con paso firme por el foro.)*

ROBERTO ¡Mi madre llora! *(Se le acerca.)* ¡Madre!

CATALINA *(Arrojándose en los brazos de su hijo.)* ¡Hijo!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO II

Sala subterránea, así como las que ofrecen las grandes grutas, llenas de estalactitas y estalagmitas, afectando formas monstruosas. Debe tener la decoración un aspecto salvaje y sombrío, pareciendo que ha sido abortada por la Naturaleza. A la izquierda, una mesa cubierta con tapete rojo, y junto a ella, una silla rústica. A la derecha, enfrente, otras sillas rústicas formando una especie de semicírculo. En un ángulo arde una hacha de viento iluminando fantásticamente la escena. No hay más salida que la del foro por un boquete abierto en las rocas.

ESCENA PRIMERA

Transcurrido algún espacio de tiempo, y después de levantarse el telón, aparecen el PRESIDENTE del Comité revolucionario, y tras él, SPIRIDOFF y UN REVOLUCIONARIO y otros, hasta el número de siete. Visten capuchones negros y traen cubierto el rostro con antifaces negros. El presidente toma asiento junto a la mesa, y los demás, en las sillas que hay situadas enfrente.

PRESIDENTE Compañeros: es preciso ejecutar un acto severo de justicia. Ya lo sabéis: Roberto Padewski ha faltado a su deber. El Comité revolucionario debe ejecutarle. Esta es la justicia que demanda la salud del pueblo. Alargad el brazo para demostrar vuestro asentimiento. *(Todos alargan el brazo.)* Por unanimidad. Ahora, oigámosle. Sepamos lo que alega en su defensa. *(Dirigiendo el mandato a uno de los individuos del*

Comité, que habrá quedado inmóvil y rígido en el bosquete situado en el foro.) Compañero: conducidle a nuestra presencia. *(Vase el individuo para ejecutar la orden que recibe.)*

ESCENA II

Aparece ROBERTO por el foro. Trae los ojos vendados y es conducido del brazo por dos revolucionarios.

PRESIDENTE Quitadle la venda. *(Le quita la venda. Pausa.)* Roberto Padewski: el Comité revolucionario de Rusia te ha condenado a muerte.

ROBERTO Cúmplase la sentencia.

PRESIDENTE Escucha los cargos que se hacen contra ti.

ROBERTO Ya escucho.

PRESIDENTE En Berlín hiciste un juramento solemne. No lo has cumplido.

ROBERTO No.

PRESIDENTE El Comité, fiando en tu promesa, te reveló sus más importantes secretos.

ROBERTO Así es la verdad.

PRESIDENTE Viniste a San Petersburgo decidido a cumplir con tu deber sólo en apariencia. Sabías, porque así te lo revelamos, que el Emperador debía hacer un viaje de incógnito a Moscou. Conocías las personas que le acompañaban... El sitio por donde debía pasar. La hora de su salida... ¿Qué hiciste, Roberto Padewski? ¿Te faltó valor para derribar al tirano?

ROBERTO Contempladme tranquilo y sereno. Sé que voy a morir, y mis latidos no se han alterado. Mi mano no tiembla. Mis piernas no flaquean. Mi acento es firme y seguro. Decidme, compañeros... decidme si un hombre en tales condiciones, al borde de la tumba, puede desmayar por falta de valor en ninguno de los actos de su vida.

SPIRIDOEF Entonces tú mismo te haces reo.

REVOLU. No mereces ningún género de piedad,

porque, una de dos cosas: o eres cobarde, o traidor.

ROBERTO Enmudece, compañero. Amo la libertad con toda la vehemencia de mi espíritu. Por ella me he sacrificado. Por ella muero, tranquilo. Erguido veis mi pecho, mas, con todo, llamadme cobarde, si os place, ¿pero traidor, ¡jamás, compañeros, jamás!

PRESIDENTE No se explica, entonces tu conducta. Quieres sacrificarte abandonando el móvil de tus acciones a la duda y al misterio. ¿Nada grande, nada digno dejas como rastro de tu memoria? ¿Nada alegas en abono de tu conducta?

ROBERTO Voy a decirlo; no en solicitud de gracia, sino para que no caiga sobre mi tumba vuestra execración o desprecio. Vine a San Petersburgo a poner en práctica mi pensamiento... ¿Cómo llamáis vosotros a mi padre Ovaldo Padewski?

SPIRIDOFF El gran filósofo.

REVOLU. El genio universal.

PRESIDENTE El Maestro del Pueblo.

ROBERTO Pues bien; mi padre penetró en mi pensamiento. Me dijo que no era lícito matar. Yo sostuve la tesis contraria, y vencí en la discusión. Toda la profunda sabiduría de mi padre se estrelló contra mi férrea voluntad. Sigo creyendo que todos los déspotas y tiranos deben desaparecer de la faz de la tierra... Mas luego, lo que no pudo conseguir mi padre con su inmensa autoridad, consiguiólo la madre... ¿Cómo diréis? Llorando. Matadme, compañeros... No he tenido valor para soportar sus lágrimas.

SPIRIDOFF ¿Te olvidaste de las lágrimas de las otras madres?

REVOLU. ¿No pesó en tu ánimo el doloroso espectáculo que ofrece el pueblo de Rusia,

viendo cómo son deportados, fusilados y descuartizados sus hijos?

PRESIDENTE ¿Influyó más en tu corazón un río de pena que un océano de sangre y de dolor?

ROBERTO ¡Callad! ¡Callad! Tenéis razón... Debo morir. *(Pausa.)*

PRESIDENTE Ya habéis oído su alegato. Volved a extender el brazo si creéis que debe cumplirse la sentencia. *(Todos extienden el brazo.)* Roberto: el Comité no toma en cuenta el motivo que alegas para justificar tu conducta, y mantiene su fallo.

ROBERTO Está bien.

PRESIDENTE *(Dirigiéndose a uno de los individuos que custodian a Roberto.)* Llégate a mí, compañero. Toma este puñal. En la empuñadura se halla esculpida en una sola frase nuestra ley: «Justicia que hace el pueblo ruso.» Si tienes valor, como dices, sepúltate por ti mismo en el corazón este puñal.

ROBERTO Venga. *(El revolucionario que tomó el puñal de manos del presidente se lo entrega a Roberto. Este extiende el brazo sin ejecutar la orden. Pausa.)*

PRESIDENTE ¿Qué haces?

ROBERTO Medito.

PRESIDENTE ¡Pronto!

ROBERTO Oid, compañeros... Mañana, domingo, estallará la revolución obrera en las calles de San Petersburgo... Permitid que el derramamiento de mi sangre no sea infecundo para la causa de la Libertad. Yo acaudillo un gran número de ciudadanos que están dispuestos a secundar el movimiento. Dejadme morir mañana bajo el rojo estandarte que es la insignia del pueblo. Permitid que me sirva de mortaja nuestra bandera.

PRESIDENTE Aguarda un instante. El caso es muy grave y solemne, y merece ser consultado.

ROBERTO Tomaos el tiempo que gustéis. *(Pausa. Los revolucionarios se levantan y se acercan al presidente,*

entablando una consulta en voz baja. Interin dice Roberto:) Si no lo consideráis de justicia, se cumplirá vuestra sentencia. Al instante veréisme caer sin vida a vuestros pies.

PRESIDENTE *(Después de haber ocupado de nuevo sus puestos los conferenciantes.)* El Comité acepta sin reserva alguna tu proposición.

ROBERTO Gracias, en nombre de la causa del pueblo.

PRESIDENTE Tus francas y nobles manifestaciones nos han conmovido. No es necesario que llegues al total sacrificio; basta sólo con que se derrame tu sangre. Aun puedes salvar la vida.

ROBERTO Quisiera daros un abrazo para demostraros mi gratitud.

PRESIDENTE Aquí aguardo en representación de todos. *(Se abrazan. Los demás se ponen en pie.)*

ROBERTO *(Yéndose al foro.)* ¡Adiós, compañeros!... ¡A morir por la Libertad!

CUADRO III

Telón corto de bosque

ESCENA PRIMERA

Aparece por la izquierda un grupo de obreros rusos. Uno de ellos trae un libro, que se supone es el que tiene por título **El Sol de la Humanidad**, escrito por el filósofo Ovaldo Padewski. Estos obreros se hallan dirigidos por KUROK y los CIUDADANOS 1.º, 2.º y 3.º

CIUDA. 1 Venid aquí... En la soledad de este bosque podremos dedicarnos a la lectura de ese libro, ínterin viene Roberto. Buen título: *El Sol de la Humanidad.*

KUROK Y su autor es el padre de Roberto; el Maestro del Pueblo.

CIUDA. 1 A ver lo que nos enseña.

KUROK ¿Dónde leo?

CIUDA. 3 En cualquier página

KUROK *(Leyendo.)* «¿Qué es la fuerza? El elemento universal. A él se debe la existencia de todos los seres. No hay realidad sin fuerza. Esta es más intensa o menos intensa según su estado de condensación desde su espíritu a la materia.»

CIUDA. 1 ¿Cómo puede ser que un espíritu sea materia?

CIUDA. 3 Eso no lo entendemos. ¿Y tú, Kurok?

KUROK Yo sí que lo entiendo. Aquí lo dice: «La materia es fuerza del espíritu invertida.»

CIUDA. 1 Y nosotros, ¿qué somos? ¿Materia o espíritu?

KUROK Materia. Si fuésemos espíritu, no seríamos esclavos del despotismo.

CIUDA. 1 Pasa eso.

CIUDA. 3 Sigue adelante.

KUROK «¿Qué es la vida? El movimiento de transformación de la fuerza; ya en sentido directo, ya en sentido inverso...» Esto sí que no lo comprendo yo tampoco.

CIUDA. 1 A otra cosa.

KUROK «¿Qué es el trabajo?

CIUDA. 3 ¡Por ahí! ¡Por ahí!

KUROK *(Leyendo.)* «El trabajo es la función natural de la vida; mejor dicho: su fundamento; porque sin lucha, y, por consiguiente, sin trabajo, la vida carecería de objeto.»

CIUDA. 3 Eso sí que está claro.

CIUDA. 1 Esto quiere decir que debemos luchar, hasta perder la vida si es necesario.

KUROK *(Leyendo.)* «La lucha se entabla contra los yerros de la Naturaleza. La libertad lucha contra la fatalidad. La ley contra el accidente. El derecho contra el privilegio; pero ambos polos de acción de la vida son necesarios. Suprimido uno cual-

quiera de ellos, la lucha no tendría razón de ser...» ¿Y esto, lo entendéis?

CIUDA. 1 Un poco nada más.

CIUDA. 3 Por ese camino puede que aun diga el Maestro que los dolores que se infieren al pueblo se hallan justificados.

KUROK Oid lo que dice más adelante respecto del dolor: «El dolor universal por medio del trabajo, se convierte en dicha universal.»

CIUDA. 1 Pero es que unos trabajan, y otros no.

CIUDA. 3 Bien dicho, compañero.

KUROK A eso dice el Maestro: «Los que no trabajan constituyen la materia inerte que sirve de yunque para que puedan hacer su oficio los trabajadores.»

CIUDA. 1 Nos ha salido al paso.

CIUDA. 3 Y que eso está bien claro.

KUROK *(Leyendo.)* «Fundamentalmente no hay premio ni castigo.»

CIUDA. 1 ¿Cómo que no hay premio ni castigo?

CIUDA. 3 ¿Eso dice?

KUROK Eso.

CIUDA. 1 Vuélvelo a leer

KUROK *(Leyendo.)* «Fundamentalmente no hay premio ni castigo.»

CIUDA. 3 Sigue leyendo; a ver si lo explica mejor.

KUROK *(Leyendo.)* «El bien que se obtiene trabajando, ya se halla contenido en el propio trabajo. Moralmente nadie puede castigar a otro. El mal de uno es el mal de todos. La dicha, si no es común, tampoco tiene razón de ser.»

CIUDA. 3 Pero bien... Apliquemos esas verdades al pueblo ruso: ¿debemos o no castigar a los culpables de nuestra miseria y esclavitud?

CIUDA. 1 Esa es la cuestión.

KUROK Lo que el Maestro quiere decir, es que debemos luchar para el bien de todos sin pensar en el premio que nos pueda reportar el sacrificio.

CIUDA. 3 Conformes.

TODOS — Conformes.

KUROK — Aquí establece las tres fases de la vida humana.

CIUDA. 1 — Oigámoslo.

KUROK — *(Leyendo.)* «En la primera fase, el hombre lucha por la conservación de su organismo contra la Naturaleza. En la segunda fase, la lucha se entabla por la extensión y dominio del territorio. El hombre lucha contra el hombre. En la tercera y última fase, el hombre lucha consigo mismo. Lucha por la Naturaleza; lucha por el espacio, y lucha por el espíritu. Primero, por la conservación de la vida; luego, por el hogar, y después, por la idea. El hombre, como ser libre, lo es sólo cuando subordina todos los actos de su vida al princípio del bien común. Cuando es señor y amo de todas sus acciones. Sólo entonces merece el don preciado de la Libertad.»

CIUDA. 1 — Eso tampoco está claro.

CIUDA. 3 — Si no se nos ilustra, si se nos tiene siempre como bestias de carga y no sabemos más, nunca seremos hombres libres.

KUROK — Aquí viene Roberto.

ESCENA II

Dichos y ROBERTO, por la derecha

ROBERTO — Salud, ciudadanos.

CIUDA. 1 — Bien venido, compañero.

ROBERTO — Estabais leyendo. ¿Qué libro es ese?

CIUDA. 3 — *El Sol de la Humanidad.*

KUROK — Mira lo que dice aquí tu padre. Sácanos de dudas. *(Lo da a leer a Roberto. Pausa.)*

ROBERTO — *(Después de haber leído donde le indica Kurok.)* Cierto es que el hombre sólo tiene derecho a ser libre cuando puede hacer buen uso de su libertad, pero si al pueblo esclavo se le cierra todo camino... entonces el de-

recho se encarna en la fuerza y se hace precisa la revolución.

KUROK ¿Aunque produzca males

ROBERTO Aunque se desplome el Universo. El espíritu tiene que luchar contra la materia, que es la fatalidad.

CIUDA. 3 *(Dándole la mano* ¡Magnífico, ciudadano!

KUROK Bien se conoce que eres hijo del Maestro.

CIUDA. 1 ¡Viva Roberto!

TODOS ¡Viva!

ROBERTO Silencio; no déis vivas. Los cosacos patrullan por todas partes. Mañana será nuestro gran día. Mañana lucharemos por la libertad del pueblo oprimido. Ahora, enmudeced. Hasta mañana, compañeros. *(Dándoles a todos la mano.)*

TODOS Hasta mañana. *(Roberto vase por la izquierda. Los demás hacen mutis por ta derecha.)*

CUADRO IV

Gabinete de estudio del filósofo Ovaldo Padewski. Salidas laterales y al foro. Decoración muy severa. Sobre una mesa escritorio, que se hallará situada al lado izquierdo primer término, esferas, círculos y otros símbolos geométricos.

ESCENA PRIMERA

Aparecen CATALINA, BEATRIZ, JULIA, EMMA, OVALDO y GUILLERMO.

OVALDO Acércate, Beatriz

BEATRIZ Manda lo que quieras, serás obedecido.

OVALDO Vé a un taller de flores. Toma unas cuantas hojas, pero hazlo sin mirar al fondo del canastillo que las contiene; no las elijas; júntalas luego sin reparar en la buena o mala forma con que se lleva a cabo su enlace.

BEATRIZ ¡Ay, papá! ¿Qué resultado te prometes de obra tan imperfecta?

OVALDO Ya lo verás cuando traigas hecha la labor que te encomiendo.

CATALINA No le repliques, Beatriz.

GUILLER. Haz lo que te ordena.

BEATRIZ Voy al punto. *(Vase Beatriz segunda puerta derecha.)*

ESCENA II

Dichos menos Beatriz.

OVALDO Ven acá, Julia.

JULIA Aquí me tienes.

OVALDO Coge un pequeño lienzo y esboza en él un paisaje; mas cuando vayas a tomar el color de tu paleta, cierra los ojos.

JULIA Así no veré si es azul o rojo, negro o blanco.

OVALDO Eso es precisamente lo que deseo.

JULIA ¿Y traigo después el lienzo?

OVALDO Sí.

JULIA Lo haré como dices *(Vase Julia por la segunda puerta derecha.)*

ESCENA III

Los mismos menos Julia

OVALDO A ti, Emma, te corresponde el desempeño del papel principal.

EMMA ¿Qué debo hacer?

OVALDO Escoge entre tus piezas de música una que sea bien melódica. Vuelve el papel de arriba abajo, y así, en posición totalmente invertida, tócala al piano.

EMMA No podrá oirse, papá.

OVALDO No importa, con tal que llegue a nuestros oídos.

EMMA ¿Debo tocarla mucho tiempo?

OVALDO Sólo un instante. Luego vuelve con la partitura, cuando tus hermanas traigan su labor.

EMMA Al momento.

ESCENA IV

Los mismos menos Emma

OVALDO — Los sonidos musicales llegarán hasta nosotros irradiando sus ondas sonoras en la misma forma con que se irradian las ondas en el lago al choque de una piedrecilla. *(Dentro, música de piano, muy extraña y discordante.)* Ya empezó la música.

CATALINA — ¡Qué desafinación tan horrible!

OVALDO — ¿No se embelesa vuestro espíritu con semejante audición?

GUILLER. — No, padre; nos produce, por el contrario, una impresión muy desagradable.

CATALINA — Se oye un ruido infernal.

OVALDO — Eso es lo que quería oir de vuestros labios; que es infernal ese ruido. *(Cesa la música.)* Ya ha cesado. Ya no nos atorta. ¿Qué ha ocurrido? Que al invertir la forma se ha invertido también el sentido de la música. Las notas subsisten. Allí están todas en el pentágrama... pero la armonía ha desaparecido.

CATALINA — Es verdad.

GUILLER. — Tienes razón.

ESCENA V

Dichos y BEATRIZ, por la segunda derecha

BEATRIZ — Aquí está el adefesio *(Entregándole un grupo abigarrado de hojas de flores.)*

OVALDO — Ya lo véis... Beatriz nos ofrece con este ejemplo uno de los testimonios del desorden que se produce en todas las cosas cuando se llevan a cabo sin una fuerza o voluntad directriz.

ESCENA VI

Dichos y JULIA, con un pequeño cuadro, por la segunda derecha

JULIA — Esto no es un paisaje: es una algarabía de colores.

OVALDO *(Tomando el cuadro.)* Claramente se ve que aquí sólo hay dirección en lo que se refiere al dibujo. Mirad: el cielo ha resultado amarillo; el mar, encarnado, y la tierra, azul. Esto no es un paisaje, es una caricatura de la Naturaleza.

ESCENA VII

Dichos y EMMA, por la segunda derecha, con una pieza de música

EMMA Ha resultado una cosa horrible.

OVALDO Venga esa página.

EMMA Es una melodía de autor alemán.

OVALDO Como obra de un cerebro bien organizado no se le ocurrió al maestro compositor inspirarse en unas notas inarmónicas entre sí. Ha sido preciso un giro, una inversión ilógica, para que se opere el malogro de su artística inspiración.

BEATRIZ Traigo también una flor bien hecha. Mírala.

OVALDO *(Tomando la flor.)* ¡Bellísima imitación! Parece arrancada de un jardín. Sólo le falta el aroma.

BEATRIZ ¡Qué dos obras tan distintas!

OVALDO Esta que se ha construído sin principio ni evolución, es la imagen fea de la vida terrestre. Esta otra se ha construído con arte, obedeciendo a un pensamiento bien dirigido, y nos ofrece un hermoso símbolo de la vida universal. Ahora, mi querida Emma, vuelve a tu piano y toca esa misma pieza de música como pide la ley bien ordenada. *(Vase Emma por la segunda izquierda.)*

ESCENA VIII

Los mismos menos EMMA

OVALDO No ha sido preciso modificar ninguna de las notas de esa página musical. Oiga-

mos ahora. *(Dentro, al piano, una pieza bien melódica hasta la terminación de la escena.)* ¡Qué dulces son los ecos que nos envían las ondas mensajeras de la armonía! ¿Quién ha realizado semejante prodigio? Una inversión. Un giro. ¿Sabéis lo que significa todo esto?... Que la inteligencia es la que da hermosura al Mundo, y que el fanatismo, la superstición y la ignorancia, que son torpes y ciegas inversiones del espíritu, producen todas las notas feas de la Humanidad.

GUILLER. ¡Hermosa es tu lección, padre mío!

CATALINA ¡Sublime!

OVALDO Esperad, que todavía se saca una enseñanza más profunda. No consiste el bien en destruir las cosas que nos parecen malas, sino en obligarlas a que giren para que se inviertan y resulten buenas

BEATRIZ La tendremos presente.

JULIA Y no la echaremos jamás en olvido.

ESCENA IX

Dichos y Roberto, por el for

ROBERTO ¿Hay consejo de familia?

OVALDO Hola, Roberto. Me sorprendes en medio de mis símbolos. Por el semblante que traes, noto que vienes a decirme alguna cosa.

ROBERTO Todo lo adivinas, padre.

OVALDO Dejadme con Roberto.

CATALINA Vamos. *(Vanse foro menos Ovaldo y Roberto.)*

ROBERTO Vengo a decirte que ya soy libre. Nada temas. Tu hijo Roberto no figurará en las páginas de la Historia como asesino del Emperador.

OVALDO En eso revelas la energía de tu espíritu. Me descargas de un gran peso.

ROBERTO Ya puedo sacrificar mi vida por la causa

de la Revolución. Tales fueron tus palabras.

OVALDO No las retiro. Mi autoridad no ejercerá violencia alguna en tu espíritu cuando éste se inspire en elevados propósitos. No importa que mi corazón de padre se anuble y estremezca. Lo dicho, dicho está.

ROBERTO ¡Cuán grande te contemplo! ¡Amas como yo la libertad del pueblo ruso!

OVALDO Yo deseo la libertad de todos; pero ¡ay, Roberto!, ¡ay, hijo mío!; existe un poder superior a nuestra voluntad que lo impide.

ROBERTO Muy grande debe ser cuando así inclinas tu frente venerable.

OVALDO Nadie acierta a penetrar en el secreto de la misteriosa esfinge. La eterna pesadilla de los filósofos resiste al giro de los tiempos. Todos se preguntan inútilmente dónde se oculta ese inquebrantable poder que hace de la vida humana un infierno pudiendo ser un paraíso.

ROBERTO Sí, sí.

OVALDO Estás preocupado, sombrío. ¿En qué piensas?

ROBERTO No sé qué extraña majestad encuentro en este recinto.

OVALDO Ven aquí, Roberto. Deja que te mire al semblante.

ROBERTO Bien, padre. Mírame cuanto quieras. *(Pausa.)* Has penetrado en mi alma *(Se sienta en una silla y queda profundamente abismado.)*

OVALDO ¿De modo que...?

ROBERTO ¡Mañana!

OVALDO ¿Y con qué medios cuenta el pueblo para entablar la lucha?

ROBERTO Con su abnegación, con su heroísmo.

OVALDO ¿Tenéis armas?

ROBERTO Unos, sí. Otros, no

OVALDO Destrozará vuestros parapetos la artillería. Os pasarán a cuchillo los cosacos.

ROBERTO No importa. Ya no es posible retroceder.

Millares de obreros darán el grito de revolución por las calles... Lucharemos hasta perder la vida.

OVALDO ¿Y has venido a verme para...?

ROBERTO Sí; para despedirme de ti.

OVALDO ¿Tan pronto? ¿No esperas a mañana?

ROBERTO Tengo que conferenciar en breve con algunos de mis compañe . Esta noche la pasaremos en vela organizando los preparativos.

OVALDO ¿No tenéis jefe?

ROBERTO Nuestro jefe es el alma del pueblo

OVALDO ¿Ni plan?

ROBERTO Sólo tenemos entusiasmo: Tú dirás: ¡Estéril sacrificio!

OVALDO No digo tanto. Ya sé el valor que tiene una idea de libertad bañada en sangre.

ROBERTO ¡Ah! ¡Cuán profundamente humano eres!

OVALDO ¡Silencio! Aquí vienen tus hermanas, da un giro a tus pensamientos.

ESCENA X

Dichos y BEATRIZ, JULIA y EMMA

OVALDO *(Va a su encuentro.)* ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

BEATRIZ ¡Venimos trastornadas!

ROBERTO ¿Por qué?

BEATRIZ Dílo tú, Julia

JULIA Me hallaba retratando a Guillermo. Ya sabe usted lo difícil que es retenerle junto al lienzo. Beatriz y Emma se reían por lo bajo al notar su impaciencia. En esto llegó el teniente Gurko, de su compañía. Entrególe un pliego... Lo leyó, y al punto se fué a su cuarto, pero con tanta precipitación, que echó a rodar el caballete, tropezando con todos los muebles que hallaba a su paso.

OVALDO Habrá recibido algún aviso urgente. La milicia tiene esos accidentes. Tranquilizaos.

EMMA Nunca le hemos visto tan agitado.

BEATRIZ Ni tan nervioso.

OVALDO ¿Y vuestra madre?

JULIA Llegó en aquel instante, recelando que la visita del teniente tuviese alguna importancia, y fuése en pos de Guillermo. Miradles. Aquí vienen. *(Al fondo.)*

ESCENA XI

Dichos, CATALINA y GUILLERMO, vestido de todo uniform

GUILLER. Padre, adiós. Hasta otra vista, Roberto.

OVALDO ¿Qué ocurre?

ROBERTO ¿Por qué tanta precipitación?

GUILLER. Acabo de recibir un aviso urgentísimo para que vaya, sin pérdida de momento, a ponerme al frente de mi compañía. Se añade en la orden que así lo exige la salud del Imperio. Esta noche estaremos en el cuartel en pie de guerra. Y mañana ¡ay de los que intenten, padre, levantarse en armas por las calles! La orden de exterminio no puede ser más implacable ni más cruel. Adiós.

CATALINA Prudencia, hijo mío.

OVALDO Cumple con tu deber, pero no lo rebases... No olvides, en ningún caso, que vas a pelear contra los hijos del Pueblo.

EMMA No luches contra nadie, Guillermo.

BEATRIZ No; no te vayas.

GUILLER. ¿Estáis locas? ¡Dejadme! ¡Adiós! *(Vase por el foro.)*

ESCENA XII

Los mismos menos GUILLERMO

OVALDO Ya lo has oído, Roberto.

ROBERTO No he perdido ni una sílaba.

OVALDO — Tienen orden de exterminar a todos los que se levanten en armas.

ROBERTO — Esa es la Ley del Tirano.

CATALINA — Tú sí que no saldrás de casa, Roberto. El tiempo está de revolución.

ROBERTO — Tengo que salir ahora, un momento; mas pronto me hallaré de regreso. Nada temáis por mí.

EMMA — De ningún modo. *(Rodeándolo las tres.)*

JULIA — No lo consentiremos.

BEATRIZ — Tú no eres militar.

EMMA — ¡Cualquiera te separa de nuestros brazos!

CATALINA — Tienen razón tus hermanas. No aumentes la zozobra de nuestros corazones, hijo mío.

ROBERTO — No os inquietéis. Mañana permaneceré todo el día a vuestro lado; pero hoy... hoy necesito salir un instante. Luego volveré.

EMMA — ¡No te dejamos!

JULIA — ¡No es posible!

CATALINA — No te será fácil romper esa cadena de flores que te aprisiona. No tendrás más remedio que capitular.

ROBERTO — Reclamo tu auxilio, padre.

OVALDO — (¡Oh! ¡Corazón de padre! Ahoga tus latidos.) No detengas a tu hijo, Catalina... Soltad a vuestro hermano, hijas mías. Roberto tiene que salir... Soy yo quien lo ordena.

ROBERTO — *(Acercándose conmovido.)* ¡Gracias, padre!

OVALDO — Libre tienes el paso.

ROBERTO — Como he de volver al punto, no me despido. ¡Adiós a todos!

EMMA — Nosotras te acompañaremos hasta la salida.

BEATRIZ — Vamos.

JULIA — Vamos.

CATALINA — No tardes, Roberto.

ROBERTO — (¡Padre de mi vida! ¡Madre de mi alma!) *(Vase acompañado de sus hermanas.)*

CATALINA ¿Le permites salir en estas circunstancias conociendo sus ideas?

OVALDO No es posible retenerle.

CATALINA ¿Qué veo? Tus ojos están humedecidos... No. No trates de ocultarlo...

OVALDO ¿Humedecidos? Esto sería señal de llanto.

CATALINA ¿Qué pasa aquí? Sácame de esta angustia. Acaso nuestro hijo... Aun es tiempo. Corro a detenerle. ¡Roberto!

OVALDO ¡Catalina! Ni un paso más. ¿Desde cuándo desconoces el valor que tienen mis frases? Ya he dicho que no es posible detenerle.

CATALINA ¡Ovaldo! ¡Ovaldo! Dime, por piedad, lo que ocurre, aunque la verdad se clave como un dardo en mi corazón.

OVALDO ¡Pobre esposa mía! ¡Triste madre que ve alejarse al hijo de sus entrañas!... Ven aquí. Desfallece sobre mi pecho. Este será el pedestal de tu dolor.

CATALINA ¿A dónde va Roberto?

OVALDO ¡A la lid fratricida! ¡A luchar contra su hermano!

CATALINA *(Cayendo en brazos de Ovaldo.)* ¡Ay! ¡Ya me has herido!

OVALDO ¡La guerra entre los hombres!... ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO V

Una plaza de San Petersburgo. Comienza a oscurecer

ESCENA PRIMERA

Muy lejos, los cantos del pueblo, entonando «La Marsellesa» glosando con vivas a la libertad, descargas y estampido de cañón, significándose la épica lucha entre el pueblo el ejército. Debe graduarse bien este efecto, para que el ambiente adquiera el tono trágico de las circunstancias. Salen por el primer término derecha, CIUDADANOS 1.º, 2.º y 3.º, al frente de un grupo muy nutrido de obreros armados con fusiles, pistolas y sables. Algunos traen la cabeza vendada, otros, el brazo, etc.

CIUDA. 1 — No podemos resistir... Huyamos.

CIUDA. 2 — Detengámonos aquí... Serenidad, compañeros. No abandonemos, como si fuéramos unos cobardes, a Roberto y Kurok, que aun luchan como leones.

CIUDA. 1 — Yo estoy herido.

CIUDA. 3 — Y yo.

CIUDA. 1 — Las calles están sembradas de cadáveres.

CIUDA. 3 — La artillería ha deshecho nuestras barricadas, destrozándolo todo.

CIUDA. 2 — Aun podríamos defendernos algo más... Volvamos a la línea de fuego.

CIUDA. 3 — No, compañeros. No se puede pedir al hombre más fuerzas de las que tiene.

CIUDA. 2 — Oid a lo lejos los cantos del pueblo... Todavía luchan nuestros hermanos. Aun hay esperanza.

CIUDA. 1 Por este lado hemos sido vencidos. Se nos echó encima el grueso de las tropas.

CIUDA. 3 Las descargas no cesan.

CIUDA. 1 El cañón retumba.

CIUDA. 3 ¿Visteis la muerte espantosa de Siroff?

CIUDA. 1 Se le llevó una bala la cabeza. El tronco cayó a mis pies.

CIUDA. 2 ¡Mirad! ¡Mirad! Ya retrocede también Roberto. Ahora sí que no hay remedio, compañeros.

CIUDA. 3 ¡Sálvese quien pueda! *(Vanse.)*

ESCENA II

Aparecen por la derecha ROBERTO y SPIRIDOFF

SPIRIDOFF Aquí... Aquí podemos ventilar la cuestión, antes de que se echen encima los cosacos.

ROBERTO Habla. ¡Ira de Dios! Dime por qué me agarraste el brazo de tan mal modo, llamándome traidor.

SPIRIDOFF Porque advertí tu traición. Vigilaba tus acciones como miembro del Comité revolucionario.

ROBERTO ¿Luego eres un espía?

SPIRIDOFF Como quieras... Has faltado dos veces a tu deber... Dejaste con vida al Tirano, y ahora, en la ruda pelea, en el fragor del combate, cuando hacíamos frente a la terrible acometida de los granaderos, cuando tuviste al alcance de tu revólver a su capitán, podías haberle muerto, salvando la vida de muchos de nuestros compañeros... Le apuntaste, y no hiciste fuego, bajando el brazo. Yo lancé un grito de rabia y juré hacer justicia. ¿Por qué no le mataste?

ROBERTO Porque era mi hermano.

SPIRIDOFF ¡Tu hermano!

ROBERTO Sí; mi hermano Guillermo. Mas no im-

poría. Tienes razón... Debí matarle. Haz justicia, compañero.

SPIRIDOFF *(Disparando sobre él.)* Muere, pues, por débil y cobarde. *(Le hiere en la mano izquierda.)*

ROBERTO ¡Torpe! ¡Me has herido sólo en la mano! ¡Apunta bien! ¡Aquí está mi pecho!

ESCENA III

Antes de que Spiridoff dispare nuevamente sobre Roberto, se oye un segundo disparo, hecho por Kurok sobre Spiridoff. Este cae muerto. KUROK aparece en escena por la derecha.

ROBERTO ¡Kurok! ¡Amigo Kurok! ¿Has sido tú quien le ha matado?

KUROK Vi al acercarme que disparó sobre ti, y entonces hice fuego contra él. ¿Te ha herido?

ROBERTO En una mano. No es nada. Un rasguño. *(Sacando un pañuelo y envolviéndole la mano herida.)*

KUROK Viertes mucha sangre. ¿Te has quedado inmóvil contemplando el cadáver de ese traidor?

ROBERTO No. ¡No le llames traidor!... En esta trágica contienda sólo Dios sabe dónde están los leales...

KUROK Huyamos, Roberto, si no queremos ser envueltos por los cosacos.

ROBERTO Aguarda un instante. *(Se acerca al cadáver de Spiridoff. Se arrodilla. Le coge una mano y se la besa.)* ¡Adiós, Spiridoff! ¡Adiós, corazón esforzado y valeroso! Los dos hemos cumplido como buenos. En mí, la naturaleza hizo su oficio. Tú quisiste oficiar de juez... Te debo gratitud eterna... Ya se ha derramado mi sangre como exigía el Comité. Queriendo tú darme la muerte, me has salvado la vida. ¡Adiós, compañero! *(Vanse por la izquierda. Hasta ahora no ha dejado de retumbar el cañón a lo lejos.)*

CUADRO VI

Telón corto con decoración de calle. Ya es de noch

ESCENA PRIMERA

ROBERTO por la izquierda. Después, KUROK

ROBERTO ¿Qué habrá sido de Kurok... ¿Tiró por otro lado huyendo de las patrullas? ¿Estará libre el paso por esta calle? *(Se acerca al extremo derecha.)* No lo está... Me cierra el paso una legión de sombras. ¡Los cosacos! ¡Los buitres del Imperio! ¿Debo retroceder?... *(Se acerca al extremo izquierda.)* Tampoco... ¡Ni avanzar ni retroceder! ¡Oh! ¿Quién viene?

ROBERTO ¡Kurok!

KUROK ¡Roberto!

ROBERTO La suerte nos une de nuevo. ¡Pero en qué circunstancias! No podemos salir de esta calle. Las patrullas nos cierran el paso por ambos extremos.

KUROK Yo no puedo detenerme. Estoy poseído de un vértigo... Por aquí... Por allí... Con tanto rodar por las calles mi cabeza gira...

ROBERTO ¡Calma, Kurok!... Teniendo serenidad, aun podemos salvar la vida.

KUROK ¿No te has fijado en el espectáculo horrible que ofrecen nuestras calles?

ROBERTO Millares de cuerpos las alfombran con manchas negras y flores rojas. Si no estuviera la noche tan obscura verías mis borceguíes salpicados.

KUROK Y tú verías los míos como dos esponjas. Hay que salir de este círculo de hierro. Yo me voy.

ROBERTO ¿Por dónde?

KUROK Por donde quiera; como el judío errante... Por aquí. *(Yéndose hacia la derecha.)*

ROBERTO No, Kurok. Mira aquellas sombras que pa-

san y traspasan. Son nuestros enemigos.

KUROK Llevo cargado el revólver... No me detengas. Me arrastra un torbellino de sangre... ¡Moriré matando! *(Vase.)*

ROBERTO ¡Ya se aleja! ¡Qué ciega temeridad la suya! Mis ojos quisieran tener luz para verle. Se ha confundido en las tinieblas de la noche. ¡Animo, Kurok! ¡Sálvate tú siquiera! Nada se oye... ¡Me late el corazón como si se tratara de mí mismo! *(Suenan dentro derecha varios tiros.)* ¡Ah! Ya ha tropezado con los soldados. ¡Ya se ha perdido! ¡Otro mártir de la Libertad! Al egoismo de la vida... A pensar sólo en mi salvación. ¿Qué hago? ¿Trato de abrirme paso como Kurok? Me siento algo débil. He perdido mucha sangre, pero mi espíritu no decae... Como Kurok, siento una especie de vértigo que hace girar mi cabeza, pero soy Roberto Padewski. Lucharé a brazo partido con todos los fantasmas que me rodean. ¡Calma! ¡Calma! Veamos si se ha despejado la calle. *(Se dirige hacia el extremo izquierda.)* ¿Qué veo? ¡Viene hacia aquí una patrulla! Llegó mi última hora. Alguno me abrirá camino... ¡oh! ¡Qué idea! La serenidad me salve... Las calles están sembradas de cadáveres... Me fingiré muerto... ¡Sangre! ¡Mucha sangre sobre mi cabeza! *(Se restrega la cabeza con la propia sangre de su herida.)* Caiga, ahora, mi cuerpo sobre el suelo.

ESCENA II

Aparece por la izquierda un OFICIAL DE COSACOS y una patrulla de individuos del mismo cuerpo a sus órdenes con los sables desenvainados. COSACO 1.º, con una linterna sorda encendida.

COSACO 1 *(Fijándose, al resplandor de la linterna, en el cuerpo de Roberto.)* Aquí ha caído uno.

OFICIAL ¿Muerto o herido?

COSACO 1 ¡Bien muerto! Tiene la cabeza atravesada de un balazo.

OFICIAL ¡Adelante!

COSACO 1 ¡Adelante! *(Vanse precipitadamente por la derecha. Roberto espera un momento a que se aleje la patrulla, y se levanta.)*

ROBERTO ¡Ja, ja, ja!... ¡La guerra tiene también sus comedias! Les he burlado, y, lo que es aun mejor, me dejan libre el paso... Con semejante lucha se ha despertado en mi alma, de un modo feroz, el interés de conservar la vida. ¡Buenas noches, cosacos! ¡En marcha, Roberto! *(Vase por la izquierda.)*

CUADRO VII

La decoración del acto primero en casa del filósofo Ovaldo

ESCENA PRIMERA

CATALINA sentada y rodeada de BEATRIZ, EMMA y JULIA

BEATRIZ ¡La revolución! ¡Ay, mamá! ¡Qué amarguras y sobresaltos produce!

EMMA ¡Qué intranquilidad! ¡Qué zozobra!

JULIA ¡Tan buena que es la paz!

CATALINA Para quien saca provecho de sus bienes, mas no para aquellos que, en plena paz, tienen que vivir en cruda guerra con las necesidades más apremiantes de la vida.

JULIA Yo no sé qué clase de persona es nuestro Emperador. ¿No pide el pueblo la libertad? Pues dársela, y asunto terminado. El viviría más tranquilo y nosotras también.

EMMA Yo, en su lugar, publicaría este *úkase:* Artículo primero. Desde hoy reinará la paz en todas las Rusias. Artículo segun-

do. Cada cual es libre para hacer su santa voluntad siempre que no moleste a los demás.

BEATRIZ Ya parece que ha terminado la lucha por las calles.

EMMA Ya no retumba el cañón.

JULIA Ni se oyen aquellas descargas tan terribles!

BEATRIZ ¡Qué día, mamá! ¡Qué día!

JULIA Tú no has salido aún del sobresalto

CATALINA Hasta que vea en mis brazos a mis hijos, no me pidáis tranquilidad..

EMMA Distrae tu pensamiento.

JULIA No hemos de estar siempre así penando.

BEATRIZ Bastante hemos sufrido en el transcurso del día.

CATALINA Bueno. Hablad de lo que gustéis.

EMMA Mamá, Julia es sonámbula.

BEATRIZ Todo lo adivina.

EMMA Es muy curioso. Escúchalo, mamá, y distrae tu pena. Me hallaba ayer tocando al piano una sonata de Mendelssohn, pero mi idea fija estaba en otra parte. ¿Dónde dirás? En la sala donde colocaste el ramo de flores que nos mandaron las vecinas. Julia se encontraba a mi lado. De pronto desaparece, y a poco vuelve con una de las flores del ramo, precisamente la que más me había llamado la atención, y así que se acerca me dice: «Toma la flor que tanto te gusta... He adivinado tu pensamiento.» Ahora, que diga Beatriz lo que ha observado.

BEATRIZ La otra noche no podía pegar los ojos pensando en mi hermana, sin saber por qué. De pronto suenan unos golpecitos dados sobre el tabique que divide nuestras alcobas, y oigo la voz de Julia que dice: —Me estás desvelando, hermana. —¿Por qué?—le pregunto, y me contesta:—Porque piensas demasiado en mí, y no puedo

quitarme de encima tu pensamiento.—¡Me quedé atónita!

EMMA ¿Cómo adivinaste mi pensamiento?

JULIA Me hallaba a tu lado oyendo la sonata de Mendelssohn, pero advertí que las notas carecían de expresión.—¿En qué estará pensando mi hermana?—me pregunté a mí misma... y no tardé en saberlo. Noté claramente que tu idea había emigrado de la sala y se hallaba fija en el ramo de flores. Fuíme a ella y advertí al punto cuál era la que atraía tu pensamiento. Cogí entonces la flor elegida, y ya sabéis lo demás.

BEATRIZ ¿Y el mío? ¿Cómo lo adivinaste?

JULIA No podía conciliar el sueño de ningún modo, porque notaba en mi cerebro como que quería brillar. Una luz sin resplandor, o, por lo menos, sin esos rayos que nos hieren la vista. Entonces reconcentré toda mi atención para ver si podía adivinar de dónde procedía semejante claridad, y noté que germinaba al otro lado del tabique, donde se hallaba Beatriz, y que era su pensamiento el que trataba de apoderarse del mío. *(Dentro, a lo lejos, un disparo de fusil seguido de continuos cañonazos. Gradúese bien este efecto para que se note que los tiros proceden de larga distancia.)*

CATALINA ¡Callad! ¿Habéis oído?

BEATRIZ Sí; a lo lejos.

EMMA ¡Otra vez el cañón!

JULIA ¡Otra vez las descargas!

ESCENA II

Las mismas y OVALDO, por el foro

OVALDO Se ha reanudado el combate

CATALINA *(Saliéndole al encuentro.)* ¡Ovaldo!

BEATRIZ ¡Papá!

JULIA ¡Papá!

OVALDO Dejadme.

EMMA *(Ofreciéndole una silla.)* Toma asiento.

OVALDO ¡Y en las sombras de la noche!

CATALINA *(Va a su asiento.)* ¡Mis hijos! ¡Mis hijos!

BEATRIZ ¡Y Roberto sin venir!

JULIA Y Guillermo en la refriega.

CATALINA ¡Bendito sea Dios!

EMMA ¡Ay, madre mía!

JULIA ¡Yo tiemblo!

BEATRIZ Las descargas no cesan.

JULIA ¡Qué horror!

EMMA ¡Qué espanto!

OVALDO Más entereza, hijas mías. También las emociones fuertes piden sencillez. No hay que revestirlas de tanta ojarasca. Si esto hacéis ante un daño probable, ¿qué vais a hacer ante un daño positivo?... Idos a la sala donde no se oigan los tiros y donde yo no os oiga tampoco a vosotras.

BEATRIZ No nos separemos.

JULIA No, no.

EMMA Vamos juntas. *(Vanse las tres por el foro.)*

ESCENA III

CATALINA y OVALDO

CATALINA Madres que ponéis el alma en el amor de vuestros hijos... ¡sacrificáos para esto!

OVALDO *(Dando paseos sombríamente por la escena.)* ¿Cabe nada más bárbaro y espantoso? Lanzarse brutalmente unos hombres contra otros para justificar la frase de Hobbes... «El hombre es lobo del hombre.»

CATALINA Primero, los dolores más intensos para darles a luz... Luego, los cuidados más exquisitos para desarrollar su tierna existencia... Después, los desvelos que pide la educación, los afanes que exige el cultivo del entendimiento... Y todo, ¿para qué? Para que al verles ya criados y en uso de razón, venga la bala de un fusil o el hierro de

una espada a derribar y destruir de un solo golpe el amoroso fruto de tantas fatigas y sudores.

OVALDO ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad! ¡Semillas de bendición esparcidas a todos los vientos desde las altas cimas del Calvario! ¡Cuántos jardines hubieran podido florecer con el río de lágrimas que habéis costado a la Humanidad! Sois la dicha de los pueblos... mas para que todo resulte ilógico en la vida, vuestro jardinero es el dolor y vuestro riego es de sangre.

CATALINA ¿Y no habrá una mano piadosa que detenga el giro de esos odios?

OVALDO ¡El choque! ¡Siempre el choque!

CATALINA ¡Ay de mí!

OVALDO ¡Ay de ti y de todas las madres que en este momento pierden a sus hijos!

CATALINA Por todas se me oprime y angustia el corazón.

OVALDO *(Acercándose amoroso.)* ¡Pobre esposa mía!

CATALINA Haces bien en acercarte, Ovaldo.

OVALDO Apóyate en mi alma.

CATALINA Y tanto como lo necesito. *(Dentro, más cerca, un disparo de fusil.)*

OVALDO ¡Un disparo! ¿Qué será?

CATALINA Ha sonado muy cerca.

OVALDO Voces que gritan: «Por aquí... ¡Por esta calle!»

CATALINA ¿Oyes? ¡Galope de caballos!

(Dentro, golpes dados violentamente sobre una puerta.)

CATALINA Llaman a nuestra puerta.

OVALDO Alguien debe ser. Vé, Catalina; dale entrada.

CATALINA Tengo miedo, Ovaldo.

OVALDO Yo iré entonces.

CATALINA No; ya he recobrado el valor. Voy al punto.

OVALDO No hace falta... Mira quién viene hacia aquí.

ESCENA IV

Dichos y ROBERTO, herido en la mano izquierda, apoyándose con la mano derecha en el hombro de Beatriz, que le acompaña.

CATALINA ¡Roberto!

OVALDO ¿Vienes herido?

ROBERTO Sí; pero no hay que alarmarse. No es nada... ¡Un rasguño en la mano!

CATALINA ¡Misericordia divina! ¿Y esa sangre en las sienes?...

ROBERTO Esa sangre me ha salvado la vida. Es también de la mano.

OVALDO Vé corriendo a traer un vendaje.

BEATRIZ ¡Al punto! ¡Ay Dios mío!

ROBERTO Animo, Beatriz. *(Beatriz vase por el foro.)*

OVALDO De ésta no te mueres... de otra ya veremos.

ROBERTO Como que no es nada. ¡Una sangría! No te aflijas, madre!

OVALDO ¿Qué ha sucedido?

ROBERTO Una cosa inaudita, padre, una cosa inaudita. Centenares de obreros muertos en la calle a tiros y metrallazos. ¡Ellos también hicieron fuego! Yo lo hice con mi revólver batiéndome a la desesperada, pero el mauser nos ha barrido a todos. ¡Luego los cosacos! Persiguiéndonos y acorralándonos por doquier. Como la noche es obscura y están apagadas las luces de las calles, yo pude evadirme de un grupo de soldados que casi me dió caza al doblar la esquina. Tuve tentación de hacerles frente y resistir hasta caer, pero me acordé de vosotros y aquí me tenéis. ¡Vuestro recuerdo me ha salvado! ¡Por dos veces os soy deudor de la vida!

CATALINA ¡Bien haya el pensamiento que te ha traído!

ROBERTO No puedo separar de mi mente aquella obscura tragedia. Este domingo será esculpido en los mármoles de la Historia con

el título de Domingo Rojo. Este será el domingo rojo de la historia.

ESCENA V

Dichos y Beatriz, por el foro, con un vendaje

BEATRIZ — Aquí está el vendaje.

OVALDO — ¿Cómo has tardado tanto?

BEATRIZ — Porque... ¡Ay, papá; fuerza es decirlo!

OVALDO — ¿De qué nueva desgracia eres mensajera?

BEATRIZ — Por la escalera suben y bajan unos soldados haciendo abrir las puertas de las habitaciones.

CATALINA — ¡Gran Dios! ¡Te persiguen!

OVALDO — ¡Vienen en tu busca!

ROBERTO — *(Irguiéndose valerosamente.)* ¡Que vengan! Aquí les espero con la frente erguida. ¡Prisión o muerte... da lo mismo! Todo lo arrostro con igual fuerza. Así verán esos soldados, siervos del Emperador, lo que vale un hijo de la libertad.

CATALINA — No, hijo mío; ven conmigo. Quizá pueda ocultarte en un pequeño aposento muy retirado.

OVALDO — Llévale allá, Catalina.

CATALINA — Vamos, Roberto.

ROBERTO — No, madre.

CATALINA — ¡Por tu vida! ¡Por mi amor!

OVALDO — ¡Pronto!

ROBERTO — Puesto que yo he provocado esta tempestad, que caiga el rayo sobre mi cabeza. Abandonadme.

CATALINA — ¡Eso nunca!

OVALDO — ¿Ha roto ya sus cadenas el pueblo ruso? ¿Ya no hay déspotas que combatir ni pueblos que libertar?

ROBERTO — ¡Ah! Tienes razón. Llévame donde quieras, madre. *(Vanse Catalina y Roberto por la primera puerta derecha.)*

BEATRIZ — Ahora que estamos solos... ¡Estremécete, padre!

OVALDO ¿Más todavía?

BEATRIZ El jefe que manda los soldados que están registrando las habitaciones de los vecinos, es Guillermo.

OVALDO ¿Dices que Guillermo?

BEATRIZ Sí, mi hermano, con el teniente Gurko.

OVALDO ¡Triunfó el monstruo de la guerra! ¡No podía ser otro!

BEATRIZ Se oye la voz de Guillermo que dice al pasar por nuestra puerta: «Aquí termina la sangrienta huella... pero esta es mi casa. No puede ser.»

OVALDO Tendrá que registrarla para dar satisfacción a sus soldados. (¿Qué debo hacer en este conflicto?... ¡Ah!... Ya lo sé. Pronto bajó la luz a mi cerebro.) Corre, Beatriz, anticípate à los hechos. Abre la puerta, y cuando entre Guillermo con sus soldados dile que le espero. *(Vase Beatriz.)* Lo difícil es dar solución al más pequeño de los enigmas del Universo. Lo que debo hacer es muy sencillo. Al registrar la casa hallarían al fugitivo. Le entregarían a un consejo de guerra y sería fusilado. ¡Pobre Roberto! Tu padre será tu salvación. Yo soy también una fuerza. No media tanta distancia del filósofo al Emperador. ¿Dudará Guillermo? ¿Qué falta? La sangre que hizo la huella. ¡Sin ese rojo licor no puede llevarse a cabo ninguna acción meritoria! Bastará con una herida insignificante. Me la inferiré con este cuchillo de cortar papel. Cuando se vierte a ríos por la calle, ¿qué importa un pequeño afluente? *(Apoya la mano izquierda sobre la mesa y con la derecha se infiere la herida.)* ¡Ya salió el néctar de la vida! ¡Ni me ha dolido siquiera! En semejantes crisis, la fuerza del espíritu se sobrepone a la carne que protesta. *(Rumores dentro.)* ¡Como anillo al dedo! Ya están ahí

ECSENA VI

OVALDO, GUILLERMO, con ocho granaderos, y UN OFICIAL.
Al penetrar en la estancia envainan las armas

GUILLER. ¡Padre!

OVALDO Presumo a lo que vienes.

GUILLER. Perdón te pido por haberte interrumpido en tus profundas meditaciones.

OVALDO Lo has hecho en cumplimiento de tu deber. Adelante.

GUILLER. Ibamos en persecución de uno de los fugitivos, a quien se ha visto penetrar en este edificio. Se han registrado todas las habitaciones de los demás vecinos, sin ningún resultado. Comprende mi turbación. Yo jamás hubiera penetrado en mi hogar con tales arrestos; pero hay huellas en la escalera que marcan el paso del hombre a quien buscamos. ¡Esas huellas le han delatado! Ha caído al suelo una gota de sangre, de tal modo, que parece que está llamando a la puerta de esta casa. Por eso he penetrado en ella en medio de la completa turbación de mi espíritu.

OVALDO Serénate, Guillermo. Nadie puede torcer la marcha de los sucesos. Yo soy el hombre que buscáis.

GUILLER. ¡Tú!

OVALDO Yo mismo.

GUILLER. ¡Imposible!

OVALDO ¿Quieres saber más que tu padre? Si reconoces en mí alguna sabiduría, acepta los hechos tal como yo los acepto.

GUILLER. No puedo convencerme.

OVALDO Cada cual defiende sus ideas con arreglo a su conciencia. Yo creí que debía unirme a los hijos del pueblo.

GUILLER. ¿A tu edad, padre, a tu edad?

OVALDO Y a todas las edades. *(Extendiendo su mano*

izquierda, que hasta entonces habrá tenido oculta.) ¡Mira la prueba!

GUILLER. *(Olvidándose por oompleto de su situación; con sobresalto verdaderamente filial.)* ¿Estás herido?

OVALDO No te acerques a mí; te lo prohibo... Yo, en este momento, ni debo ni puedo ser tu padre.

GUILLER. ¿Luego, eres tú?

OVALDO Cumple con tu deber. Llévame preso.

GUILLER. *(Mano a su revólver.)* Antes me daré la muerte.

OVALDO ¡Detenedle, soldados!

OFICIAL *(Deteniendo la acción del capitán, sujetándole por los brazos.)* ¡Por Dios, mi capitán! *(Gran pausa.)*

OVALDO *(Acercándose majestuosamente a su hijo.)* ¡Guillermo!... ¡Manda la ley que rindas obediencia a tu código; que respetes la voluntad de tu padre y que tengas dominio sobre ti mismo... y cuando llega el momento crítico, la ocasión augusta y solemne de demostrar a la faz de tus soldados el temple que tienen en tu alma esas virtudes, faltas a tu obligación, faltas a tu padre y pretendes faltarte a ti mismo! ¡De tres maneras dejas de ser hombre!

GUILLER. ¡Señor!

OVALDO *(Con irresistible imperio.)* ¡Capitán Guillermo, cumplid con vuestro deber!

GUILLER. Voy a obedecerte, padre. ¡Me avergüenzo del acto indigno que iba a cometer! *(Desnuda la espada y llega hasta su padre.)* ¡Ovaldo Padewski! ¡En nombre del Emperador, daos preso!

OVALDO ¡Vamos! (¡Le he salvado!) *(Señalando majestuosamente la puerta del foro, por donde se van.)*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO VIII

La misma decoración del cuadro cuarto

ESCENA PRIMERA

GUILLERMO, de uniforme. CATALINA y BEATRIZ, OFICIAL de la policía rusa y varios individuos a su orden que se hallan practicando un registro.

GUILLER. Nada dejen ustedes por registrar.

OFICIAL Rogándole nos dispense.

GUILLER. La ley está sobre todos

CATALINA En el cajón hallarán las cartas más importantes que mi esposo recibía del extranjero.

OFICIAL Sí, aquí hay un paquete... ¿Y estos papeles?...

GUILLER. Borradores de una obra que todavía no se ha impreso.

CATALINA En esas cuartillas está su alma estampada. Pueden arrojar mucha luz en el proceso.

OFICIAL Gracias, señora.

GUILLER. En los estantes, muchos libros de filosofía.

OFICIAL *(Tomando uno.)* *El Sol de la Humanidad.*

GUILLER. Esa es su obra inmortal.

OFICIAL *(A los individuos a sus órdenes.)* ¿Habéis hallado algún documento importante?

POL. 1 Aquí están todos los que hemos creído relacionados con el asunto.

OFICIAL Damos nuestra tarea por terminada. A l
orden, mi capitán.

GUILLER. Queden con Dios. *(Vanse por el foro.)*

GUILLER. *(Dejándose caer desalentado en una silla.)* ¡Regis
trado este sagrado recinto!... ¡Los esbi
rros poniendo mano en las obras inédita
de mi padre!

CATALINA Comprendo tu dolor, Guillermo.

BEATRIZ Cálmate, hermano mío.

CATALINA Considera que estamos atravesando un estado verdaderamente excepcional. La represión es cruel y sangrienta... Los fusilamientos se suceden sin interrupción... La menor denuncia sirve para perder a un ciudadano; quizás a un trabajador honrado que es el único sostén de su familia. San Petersburgo, callado y sombrío, parece como que se halla angustiado bajo el peso de una maldición.

GUILLER. ¡Oh, madre!... Yo sólo tengo sentimientos de hombre para sufrir por mi padre. Sólo tengo cerebro para dar a luz esta obscura idea que me martiriza sin cesar... ¡Mi padre es inocente!

CATALINA Piensa también en tu hermano.

BEATRIZ Eso es: piensa también en Roberto.

GUILLER. Roberto habrá ya ganado la frontera y se hallará en Alemania libre de todo peligro.

GUILLER. ¿Y si así no fuese?... Ya sabes que la persecución se ha extendido por todo el Imperio... ¡Sólo Dios sabe cuál ha sido su suerte!

GUILLER. Pero Roberto tomó parte en la revolución... ¡Roberto es culpable!

CATALINA ¡Culpable! ¡Ay, hijo mío! Cómo extravía el dolor tus buenos sentimientos... Aquí no hay culpables... No hay mas que ríos de sangre. ¡Una gran fatalidad! ¡Un inmenso dolor!

GUILLER. ¡Sí, sí! Tienes razón... Perdóname, madre. El egoismo del cariño filial me ex-

travía. Esta persecución implacable que ahora se hace contra los hijos del pueblo subleva mi conciencia, no como ser moral, sino hasta como militar. Comprendo la guerra, pero en el campo de batalla, con el enemigo en frente y con la muerte por peligro. Así se da honor a los soldados. Sí, madre. Esto es inicuo y vergonzoso.

CATALINA Pero no lo digas, por Dios, fuera de aquí.

BEATRIZ No lo digas, Guillermo.

GUILLER. Lo seguiré pensando, que es lo mismo. Y ahora os digo más. No puedo creer que mi padre sea sentenciado por el Consejo de Guerra a la última pena... pero si así fuere, ¡horror me causa semejante idea! No será ejecutado siendo su hijo Guillermo capitán de granaderos del ejército ruso. Antes arrojaré mi espada a los pies del Emperador.

CATALINA ¡Hijo mío!

BEATRIZ ¡Hermano!

CATALINA No; no le matarán... Tranquilízate... Los últimos telegramas que se han recibido dan cuenta de la inmensa sensación que en toda Europa ha producido la prisión de tu padre. Las Universidades, las Academias, los Ateneos... cuantos aman la civilización... moralistas y hombres de ciencia piden la libertad del gran filósofo. No, No le matarán.

GUILLER. Que Dios te oiga. ¡Adiós!

CATALINA ¿Dónde vas?

GUILLER. A verle.

CATALINA ¿Cómo? ¿Has conseguido...?

GUILLER. Lo que deseaba... Mira el permiso. *(Sacando un pliego y entregándolo a su madre.)*

CATALINA Sí, sí. Se halla extendido en toda regla.

BEATRIZ ¿Y lo tenías callado?

GUILLER. Nada he podido deciros hasta este momento... ¿Olvidáis que llegué cuando ya se hallaba en esta casa la policía?

CATALINA ¿Qué le vas a decir, Guillermo?

BEATRIZ ¿Qué le yas a decir?

GUILLER. Lo que le dirán mis labios... no lo sé. Lo que le dirá mi alma... en la expresión de vuestros semblantes se retrata; en vuestros ojos humedecidos se refleja...

CATALINA ¡Esposo de mi vida!

BEATRIZ ¡Padre de mi alma!

ESCENA II

Dichos y EMMA, por el foro. Después ROBERTO, por el foro también, con la mano izquierda envuelta con una venda negra.

EMMA *(Desde el foro.)* ¡Mamá!

CATALINA ¿Qué hay?

EMMA ¡Roberto!...

GUILLER. ¿Cómo, que Roberto?

CATALINA ¡Gran Dios!

BEATRIZ ¡Nuestro hermano!

EMMA El mismo. Aquí viene

ROBERTO Aquí estoy... Nada de preguntas. Nada de zozobras.

CATALINA ¡Desdichado! ¿Qué has hecho?

GUILLER. No salgo de mi asombro.

ROBERTO ¿Queríais que yo me fuese a Alemania dejando preso a mi padre en San Petersburgo?

CATALINA ¡Te habrán espiado!

BEATRIZ ¡Te habrán seguido!

ROBERTO Tranquilizaos... Aquí soy forastero. Nadie me conoce. Vamos a lo que importa. Tengo que hablar con mi hermano Guillermo... ¡Madre! ¡Hermanas! Dejadme con él a solas por unos instantes. Os lo suplico.

CATALINA ¿Pero...?

ROBERTO Lo exigen así las circunstancias. Lo reclama la vida de mi padre.

CATALINA Vamos, hijas mías. Solo quedas con Guillermo. *(Vanse por el foro Catalina, Beatriz y Emma.)*

ESCENA III

ROBERTO y GUILLERMO

GUILLER. ¿No te fué posible ganar la frontera?

ROBERTO Si me lo hubiera propuesto, ya me hallaría en Berlín.

GUILLER. ¿Dónde te has ocultado?

ROBERTO Donde he podido. No hablemos de esto.

GUILLER. ¿Qué misión te trae? ¿Que secreto tratas de revelarme?

ROBERTO Nuestro padre fué detenido por tus soldados.

GUILLER. Así fué.

ROBERTO ¿Sabías tú que era inocente?

GUILLER. Lo supe luego.

ROBERTO ¡Cómo, entonces, tuviste valor para prenderle!

GUILLER. ¿Sabes tú lo que es el honor militar? No. No lo sabes. Si lo supieras no te hubieras afiliado al partido de la Revolución.

ROBERTO Prosigue.

GUILLER. Perseguíamos a un fugitivo que iba dejando tras sí una roja huella, la cual nos guió hasta la puerta de esta casa. Aquel fugitivo eras tú. No tuvo más remedio que penetrar en ella. Lo exigía mi honor y la imperiosa satisfacción que debía a mis soldados. Encontré a nuestro padre. Me dijo que él era el hombre a quien buscábamos. No quise darle crédito, y entonces me enseñó su mano ensangrentada.

ROBERTO ¿Se había herido?

GUILLER. Para probar así la certeza de sus palabras.

ROBERTO ¡Horror!

GUILLER. Comprende mi situación. ¿Cómo habría de llevarle preso siendo su hijo? ¿Quien era, ante mi padre, ni el mismo Emperador? ¿Qué significaba, ante aquella noble faz, mi severa ordenanza? Mi honor de

soldado... mi limpia historia militar... todo lo hubiera hecho pedazos antes que poner mi mano de esbirro sobre aquella veneranda imagen... Pero nuestro padre reclamó, en aquel supremo instante, la obediencia que le debo... Mandó que le prendiese, y yo ejecuté aquel mandato como si Dios le hubiese transferido todo su poder. Esa es la verdad, Roberto. ¿Crees que hice mal? Acaso tú...

ROBERTO ¿Sabes el valor que tiene una idea? No. No lo sabes. Si lo supieras, no serías capitán del ejército ruso.

GUILLER. Adelante.

ROBERTO Llevaba en mi cerebro enroscada una idea... obscura... muy obscura... pero grande... muy grande. Aquel pensamiento tomó naturaleza en mi ser como la misma carne. Prometí a Rusia el sacrificio de mi vida para librarla de tu Emperador. Desde Berlín vine guiado por este pensamiento como una sombra envuelta en una aureola de luz. Nuestro padre adivinó mi propósito. No quiso que en la historia fuese unido su nombre al de un asesino... Cayeron luego las lágrimas de nuestra madre sobre mi corazón, y giró mi voluntad de roca como si obedeciese a un poder sobrehumano... Así es que puedes estrechar mi diestra, Guillermo Los dos tenemos una misma ley... La voluntad soberana de nuestro padre.

GUILLER. Ahora dime... *(Se dan la mano.)*

ROBERTO Voy a abrirte las puertas de roca de mi pecho. He venido para decirte: Guillermo, ¿quieres que salvemos a nuestro padre de la prisión obscura donde le aguarda la muerte?

GUILLER. ¿Crees tú que...?

ROBERTO Que será fusilado si no lo impedimos nosotros. Todos los odios del imperio se han concitado contra él.

GUILLER. ¿Y el alma de Europa sublevada?

ROBERTO Tampoco le sálva... Sólo nosotros le salvamos.

GUILLER. ¿Pero cómo...? ¿Cómo?

ROBERTO Nadie nos oye... ¿verdad, Guillermo?

GUILLER. *(Yendo al foro y escuchando.)* Habla sin temor... Baja la voz, por si acaso.

ROBERTO Debes sospecharlo. Yo formo parte del Comité revolucionario de Rusia. Soy miembro del mismo desde ayer. He ganado este honor el Domingo Rojo, sobre los escombros de la barricada que interceptaba la calle de San Pedro...

GUILLER. ¿Allí estabas tú?

ROBERTO Allí estaba.

GUILLER. Yo la asalté al frente de mis granaderos.

ROBERTO Y te pusiste al alcance de mi revólver cuando te mataron el caballo y caíste rodando al suelo.

GUILLER. ¡Ah!

ROBERTO Dejemos esto... Los regimientos que han venido de Moscou están comprometidos a secundar nuestros planes con otras fuerzas de la guarnición. Así que estalle el movimiento, nosotros, los ciudadanos, reliquias de la hecatombe del domingo, asaltaremos la cárcel para salvar a nuestro padre, y con él, a todos los ciudadanos que gimen en aquellos calabozos. ¿Quieres tomar parte?

GUILLER ¿En qué forma?

ROBERTO Sublevándote al frente de tu compañía de granaderos, y atacando, a la vez, el palacio imperial.

GUILLER. No, Roberto

ROBERTO ¿No llegan hasta el fondo de tu alma los males que afligen al pueblo?

GUILLER. Yo no mancho mi historia militar, lo he jurado y he de cumplir mi juramento... Pero aguarda. ¿No oyes?

ROBERTO Sí, sollozos en la pieza inmediata.

GUILLER. *(Yendo a escuchar al foro.)* Nuestras hermana que lloran.

ROBERTO ¡Las lágrimas! ¡Este es su ambiente trá gico!

GUILLER. Aquí viene Beatriz.

ESCENA IV

Dichos y BEATRIZ, por el foro, con un periódico

BEATRIZ Dice mamá que leáis lo que trae este pe riódico. Tomad. Yo me voy. No quier oirlo de nuevo. *(Vase por el foro.)*

GUILLER. *(Lee.)* «Cuestión palpitante.» Aquí debe ser... *(Leyendo.)* «Ya ha desaparecido tod equívoco. Según parece, los hechos se han demostrado plenamente. Ovaldo Padewsk no sólo sclivantó al pueblo con sus escri tos y proclamas, sino que dirigió el mo vimiento revolucionario.» ¡Qué impostura tan infame!

ROBERTO Sigue leyendo.

GUILLER. *(Leyendo.)* «Nada importa que los anarquis tas de la ciencia, del arte y la política apostrofen y vituperen al Imperio rusc desde las grandes ciudades europeas. E gobierno sabrá cumplir con su deber po niendo inmediatamente en ejecución el fa llo que dicte el tribunal que conoce en la causa que se sigue a tan peligroso revo lucionario.» ¡Poder de Dios! *(Estrujando e periódico.)* ¡Qué horrenda injusticia!

ROBERTO ¿Vale más tu historia militar que la vida de nuestro padre y la justicia del pueblo?

GUILLER. Con un plazo y una condición.

ROBERTO Habla.

GUILLER. Sepamos antes si la pena impuesta es de muerte... Ya pediré la vida de mi padre al Poder público, y ante una negativa devolveré mi espada al Emperador. Entonces seré libre y me tendrás a tus órdenes.

ROBERTO Aceptado... Ahora dime... Yo necesito hablar con nuestro padre para prevenirle de todo cuanto intentamos. ¿Pero cómo penetro en su prisión?

GUILLER. ¿No sería lo mismo que yo...

ROBERTO ¿Tú puedes verle?...

GUILLER. Mira. *(Le enseña el permiso.)*

ROBERTO ¡Oh, qué idea! ¿Quien es el alcaide de aquella cárcel?

GUILLER. El coronel Silok... furibundo imperialista. Un perro de presa.

ROBERTO ¿Te conoce personalmente?

GUILLER. No... A mí me conoce muy poca gente en San Petersburgo. Soy muy retraído; de mi casa al cuartel, del cuartel a mi casa.

ROBERTO ¿Y de los oficiales que tiene el coronel Silok a sus órdenes?

GUILLER. Tampoco. Puedo asegurártelo.

ROBERTO Me quedo este salvoconducto... Me servirá para mi propósito.

GUILLER. ¡Pero tú no eres capitán de granaderos!

ROBERTO Me pondré uno de tus uniformes...

GUILLER. Pero...

ROBERTO No me repliques, Guillermo. Tú no sabes la tempestad que bulle en mi cerebro desde que he adquirido noticia del arresto de nuestro padre... Aquella noche de sangre, después que me vendaron la herida y por temor a un nuevo registro, huí de esta casa sin que nadie lo advirtiese; notando, empero, que algo extraordinario había ocurrido en ella. El semblante de nuestra madre parecía el de un cadáver, y nuestras hermanas no podían contener su llanto. Logré ocultarme; mas cuando supe la verdad de lo que había ocurrido, creí enloquecer... Mi primer pensamiento me indujo a presentarme al juez militar para decirles: «Yo soy el culpable; deshágase el error de la justicia.»

GUILLER Te hubieras sacrificado inútilmente. Ya lo ves... Acusan a nuestro padre de ha-

ber sido el alma del movimiento que ha fracasado.

ROBERTO Reflexioné que no debía hacerlo sin valerme de su consejo... Además... yo no me pertenezco, Guillermo... Los representantes del pueblo ruso me han hecho depositario de sus confianzas y secretos. ¿Podría yo callarlos sometido a la bárbara inquisición del tormento?... ¿Resistiría mi flaca naturaleza al espantoso dolor de los huesos descoyuntados y la carne abrasada a fuego lento?... Esta duda es la que me detuvo... Primero, el llanto de la madre desarmó el brazo que debía derribar al Emperador... Después, el cariño fraternal que te profeso impidió el disparo de mi revólver... Y ahora, por tercera vez, el amor del hijo comprometería la causa de la libertad y la vida de sus más leales partidarios. ¡Esto es horrible!... Caros son los afectos de la familia, pero los hombres que no tengan el valor suficiente para desligarse de ellos cuando así conviene a las ideas que sustentan, no deben afiliarse a las grandes causas... ¿Qué me resta? Ver a nuestro padre y darle a conocer el infierno en que batallo, para que él decida y ponga claridad en las sombras de mi alma con aquella luz tan intensa de su espíritu.

GUILLER. Me has convencido; debes consultarle.

ROBERTO Condúceme a tu gabinete. Me ayudarás a cambiar de traje. Seré por un día capitán del ejército ruso. *(Vanse por el foro.)*

CUADRO IX

La decoración del bosque del cuadro tercero

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la derecha CIUDADANOS 1.º y 2.º

CIUDA. 1 No hay nadie. Aquí podremos hablar.

CIUDA. 2 ¡Cárcel maldita! ¿No la ves?

CIUDA. 1 Allá a lo lejos, levanta sus viejos murallones, como la antigua Bastilla de la revolución francesa.

CIUDA. 2 No hables alto... Que hasta el viento es traidor en estas circunstancias.

CIUDA. 1 ¿Sabes que han preso al valeroso Roff?

CIUDA. 2 Tu reloj está retrasado, amigo. Ya le han fusilado.

CIUDA. 1 ¿Cuándo?

CIUDA. 2 Esta mañana, como a nuestro compañero Raquit... ¿Te acuerdas de Raquit?

CIUDA. 1 ¡Ya lo creo!

CIUDA. 2 ¿Y el padre de Roberto? ¿Crees tú que también será fusilado?

CIUDA. 1 No cabe la menor duda.

CIUDA. 2 Se levantarían hasta las piedras. Estallaría la revolución universal.

CIUDA. 1 Pero será fusilado... No olvides que sus libros favorecen la causa del pueblo.

CIUDA. 2 Tanto mejor para nosotros, aunque haya una víctima más y quede su casa como la de otros muchos, convertida en un desierto de dolor... Así se irá formando el gran bloque que aplaste a los enemigos del pueblo.

CIUDA. 1 No te entusiasmes, compañero. Hablemos como si se tratara de cosas que no tienen la menor importancia. Pensemos algo en nosotros.

CIUDA. 2 ¿Qué haremos?

CIUDA. 1 Qué sé yo.

CIUDA. 2 Mientras no nos atrape la policía.

CIUDA. 1 Nuestra vida pende de un cabello

CIUDA. 2 Y tanto.

CIUDA. 1 ¿No has pensado en huir?

CIUDA. 2 ¿Y cómo?

CIUDA. 1 Es verdad. Tenemos el cuello amarrado a una argolla.

CIUDA. 2 Tú, ¿dónde duermes por la noche?

CIUDA. 1 En el campo; sólo me doy a luz cuando anochece.

CIUDA. 2 Yo también

CIUDA. 1 ¿Qué has hecho de tus pequeñuelos?

CIUDA. 2 Por ahí andan vagabundos. Como les faltó el amparo de su padre, que era su único sostén, no hay hogar que les dé asilo. Además, tienen mala nota: son hijos de un revolucionario.

CIUDA. 1 ¿Suelen verte?

CIUDA. 2 Nos vimos por casualidad, el otro día. Me pidieron limosna sin conocerme Era entre dos luces.

CIUDA. 1 ¿Y se la diste?

CIUDA. 2 ¡Qué había de dar, si no llevaba encima ni una moneda!... Les di un beso a cada uno, o muchos... no sé cuántos. Por cierto que me hicieron llorar con la alegría que sintieron los pobrecillos al reconocerme. Estaban ateridos de frío y muertecitos de hambre... Yo les dije que me esperasen allí todos los días, a la misma hora, sin decir nada a nadie, con objeto de verles y de llevarles cuanto pudiese. Así quedamos; mas yo no puedo ir todos los días a verles por el motivo de que nada puedo llevarles... Hablando de esto siento que me arrancan pedazos de carne de dentro de las entrañas.

CIUDA. 1 *(Dándole algunas monedas.)* Toma, hombre.

CIUDA. 2 ¿Qué haces? Me das dos rublos. Es demasiado.

CIUDA. 2 ¿Y tú?

CIUDA. 1 No alcanzo a más

CIUDA. 1 Yo he de cuidar solo de mí.

CIUDA. ¿Y Dovaska, tu mujer?

CIUDA. 1 ¡Mi pobre Dovaska!

CIUDA. 2 ¿Qué ha sucedido?

CIUDA. 1 Fué la policía a nuestra casa en mi busca cuando afortunadamente ya no estaba yo en ella. Lo registraron todo, y hallaron el libro aquel que ya conoces, que se titula *El Sol de la Humanidad.* Les vino de perlas el hallazgo para dar satisfacción a sus

malos instintos. Se llevaron a Dovaska, después de apalearla brutalmente.

CIUDA. 2 ¿Cómo lo has sabido?

CIUDA. 1 Todo se sabe cuando hay interés en averiguarlo. Se la llevaron, y Dovaska enfermó del susto y falleció a los pocos días en la cárcel... La infeliz estaba en cinta... me ha dejado solo, sin mujer y sin hijo. ¡Esto es muy cruel, compañero!

CIUDA. 2 *(Alargándole la diestra.)* Toma mi limosna.

CIUDA. 1 Gracias, hombre.

CIUDA. 2 Silencio y disimulo, que hacia aquí se dirige un militar.

CIUDA. 1 Sigamos nuestro camino como si tal cosa.

CIUDA. 2 Andando.

CIUDA. 1 Pero sin prisa, para no despertar sospechas. *(Vanse por la izquierda.)*

ESCENA II

Aparece ROBERTO, por la derecha, vestido de capitán de granaderos.

¿Será preocupación mía o habrá algo en mi uniforme que llame la atención?... Me ha saludado un grupo de cosacos, y me pareció notar que se fijaban en mí con sobrada insistencia. ¿La espada? Bien ceñida. ¿El uniforme? Como hecho para mí. Creo que estos recelos son infundados... Ya no está muy lejos la funesta cárcel... ¿Por qué me asalta tan profunda emoción? Cierto es que hay algún peligro; pero, ¿acaso no es superior la fuerza de mi espíritu a todo riesgo y a todo obstáculo?... *(Mirando a la derecha.)* Por todos los diablos del infierno juntos. ¿No es aquél a quien traen preso mi amigo Kurok? El es. No es ningún espectro. ¿Luego, escapó con vida después de haber salvado la mía?... ¡Buena ocasión para pagar mi deuda! Yo le libro de las

garras de esos esbirros, cueste lo que cuesta. Para eso soy capitán de granaderos. Aquí llegan.

ESCENA III

Dicho y KUROK, con las manos atadas a la espalda y custodiado por dos polizontes rusos

POLICÍA — A la orden, mi capitán.

ROBERTO — ¡Kurok! Mi buen amigo Kurok. ¿Cómo es eso? ¿Por qué le traen preso?

POLICÍA — Por revolucionario.

ROBERTO — ¡Rayos y truenos! ¿Qué lío es este? Se trata de uno de los súbditos más fieles del Imperio... Como que ha pertenecido a la servidumbre del propio Emperador... ¡Cara les va a costar a ustedes la equivocación!

POLICÍA — Mi capitán. Al prenderle nada nos ha dicho.

KUROK — ¿Cómo había de decirlo, si ustedes no me dejaban abrir la boca? Además, yo soy hombre de muy pocas palabras.

ROBERTO — ¿Y por qué causa le detuvieron? ¿Hay mandato del juez militar?

POLICÍA — No, señor.

ROBERTO — ¿Y sin mandato judicial le prenden ustedes?

POLICÍA — Perdón, mi capitán. Como existía una denuncia.

ROBERTO — Y para hacer méritos... ¡Mil rayos! Suelten sus ligaduras al inocente y déjenle en libertad. *(Los dos policías asustados, ejecutan con gran ligereza la orden.)*

POLICÍA — Mi capitán, le rogamos que.

ROBERTO — *(Muy secamente.)* Bueno... Pueden irse... Pase por esta vez. ¡Cuidado con otra!

POLICÍA — A la orden.

ROBERTO — En marcha.

POLICÍA — *(Al hacer mutis, por la derecha, a su compañero.)* ¡De buena nos hemos librado!

ESCENA IV

ROBERTO y KUROK, estrechándole la mano

KUROK — Amigo, pronto me has pagado la deuda.

ROBERTO — ¿Cómo saliste con vida de aquella noche? Ya te creía en el paraíso.

KUROK — Maté de un tiro al primero que quiso darme alcance y me escabullí entre las sombras. Pero, ¿y tú? ¡Con uniforme de capitán!...

ROBERTO — Me he pasado con armas y bagajes a la milicia del Emperador y de un golpe me hicieron capitán.

KUROK — Algo bueno maquinas. ¡Oh Roberto! ¡Te admiro! A tu lado me considero un pigmeo.

ROBERTO — Oye. Me valgo de este uniforme para ver a mi padre. Si el consejo de guerra le condena a ser pasado por las armas...

KUROK — No lo dudes.

ROBERTO — Asaltaremos la prisión...

KUROK — ¡Un asalto a esa cárcel maldita! ¿Y no contabas conmigo? No te lo perdono.

ROBERTO — ¿No has oído que te creía muerto?

KUROK — Bueno, sigue.

ROBERTO — Pronto arderá de nuevo la guerra.

KUROK — *(Frotándose las manos.)* ¡Magnífico!

ROBERTO — Los soldados que han venido de Moscou...

KUROK — No digas más. ¡Soberbio! ¿Cuándo?

ROBERTO — Ven esta noche a verme. Allí hablaremos.

KUROK — ¿Dónde?...

ROBERTO — ¿Ya lo has olvidado?

KUROK — ¡Ah! Sí. No faltaré.

ROBERTO — Allí mismo...

KUROK — *(Cuadrándose.)* Hasta la vista, mi capitán.

ROBERTO — ¡Buen soldado, Kurok! ¡Buen soldado!

(Vanse Kurok, derecha y Roberto izquierda.)

CUADRO X

Una de las prisiones en la cárcel de San Petersburgo. En el foro, dos grandes ventanas con gruesos barrotes de hierro. Se supone que desde ambas ventanas, y al través de los hierros, se ve el foso de las murallas que rodean al vetusto edificio. Puerta a la derecha.

ESCENA PRIMERA

OVALDO, en actitud meditabunda, sentado junto a la mesa

Todo aparece confuso y mezclado en la misma forma. Se falsea el concepto del honor para convertirlo en una conveniencia, cuando no en una máscara social. La virtud adinerada se sobrepone a la virtud sin dinero. La sangre derramada en el Gólgota sirvió sólo como preludio para enrojecer al cabo de algunas centurias las aguas del Sena con sangre de hugonotes, en aquella noche luctuosa de París que se ha incrustado en la mente de la Historia como una terrible pesadilla... ¡Por todas partes señales y recuerdos de lucha y exterminio! ¡Los campos cataláunicos! ¡Las cruzadas! ¡Friedland! ¡Leipzig! Waterloo! ¡Sedán! ¡Port-Arthur!... ¿Qué son sino mares de sangre donde empaparon sus laureles los héroes y los guerreros?... No puede ser más espantoso el cuadro que ofrece la Humanidad, convertida en inmenso campo de batalla, como dijo el conde de Maistre. *(Pausa.)* ¿Cómo se justifican esas monstruosidades? ¿Dónde está la ley que autoriza semejantes desórdenes?

ESCENA II

Dicho y GUARDIAN de la cárcel. En pos, ROBERTO

GUARDIÁN Allí le tiene usted, mi capitán.

OVALDO. ¿Quién es? ¿Qué miro? ¿Eres tú?

ROBERTO Sí. Tu hijo Guillermo.

GUARDIÁN Solos quedan. Dé unos golpes en la puerta para salir. Me servirán de aviso. *(Vase el guardián, cerrando tras sí la puerta.)*

ROBERTO *(Arrojándose en los brazos de su padre.)* ¡Padre.

OVALDO Bien venido, Roberto.

ROBERTO ¿Me has reconocido?

OVALDO Al instante.

ROBERTO ¿A pesar de mi uniforme?

OVALDO Ya lo ves... ¿Pero cómo te atreves a tanto? ¿Cómo expones así la vida? Ante todo dime: ¿Y tu madre? ¿Y Guillermo? ¿Y tus hermanas?

ROBERTOk Deseando volver a verte, libre de esta obscura prisión.

OVALDO Me verán, pero no libre... Sus ojos mortales no podrán ver mi libertad. ¡Supongo que te has puesto de acuerdo con Guillermo!...

ROBERTO Sí.

OVALDO ¡Y que este uniforme es una estratagema que te abrió las puertas de esta cárcel!

ROBERTO Con efecto.

OVALDO Conviene que ahorremos explicaciones inútiles...

ROBERTO ¿Has dicho que tu libertad no puede verse por ojos mortales?

OVALDO No me hago ilusiones... Conozco perfectamente a mis enemigos.

ROBERTO Pero tú no has delinquido, padre. Aquí sólo hay un culpable, y ese soy yo.

OVALDO ¡Pobre Roberto! ¡Pobre hijo mío! A ti acaso te indultaran... A mí no pueden indultarme. Aunque tú tratases ahora de restablecer la verdad, para ponerte en mi lugar, no lo conseguirías... Porque es a mí, al filósofo que vertió la idea, a quien temen, y no al brazo que quiso ejecutarla... Se ceban en los cuerpos, sin reparar en que las ideas florecen luego en otros cuerpos y espíritus más fuertes y más vi-

gorosos y más fecundos para la causa del progreso y la libertad.

ROBERTO ¡Oh padre! ¡Oh padre mío! ¡Qué fulgores tan grandes derramas en mi cerebro!

OVALDO *(Paseándose sombrío.)* Bueno... ¿A qué has venido?

ROBERTO Para decirte...

OVALDO Sí; que vas a librarme por medio de un golpe de mano... Que, unido a tus compañeros, asaltaréis esta cárcel... Y no me hagas decir también que tu hermano Guillermo es capaz de hacer lo propio al frente de su compañía de granaderos...

ROBERTO Pues ya que todo lo penetras, eso es... Te libraremos de las garras del odioso espíritu.

OVALDO Y si sois vencidos amontonaréis los males. Lo mejor es que muera yo solo.

ROBERTO Entonces quien debe morir...

OVALDO *(Con gran energía.)* ¡Ovaldo Padewski! Tu trabajo se ha cumplido; deja que se cumpla el mío. No es la violencia la que consigue espiritualizar la materia... es la evolución la que transforma la materia en espíritu. El golpe violento la fracciona sólo para que disminuya su resistencia. La funde el calor de las ideas.

ROBERTO Me atengo a tu propia doctrina. ¡Fraccionar la materia!... Eso intentamos. Sacarte del seno obscuro de esta cárcel. Eso queremos. Pero la piedra es muy dura; estas murallas son muy recias y no es posible evitar el choque. La violencia se impone.

OVALDO Nunca sales de la pasión que te cautiva. ¿Deseas mi libertad?

ROBERTO Con toda el alma.

OVALDO Antes fuera mejor que recobrases la tuya. ¡El choque! ¡Siempre el choque! ¡Las mismas batallas! ¡Iguales desbordamientos!... ¡Finalidad suprema!... ¡La catás-

trofe! ¡No! No quiero la libertad que me ofreces.

ROBERTO ¿Vas a seguir aquí prisionero?

OVALDO ¡Insensato! No es justo que para sacar a un hombre de la cárcel se derrame la sangre del pueblo.

ROBERTO Tú no eres un hombre... ¡Eres una idea!

OVALDO Está bien; pero se muere por las ideas... no por los hombres. ¿Tan ciego eres que no has advertido que, al perder yo la libertad, se ha extendido el radio de acción de mi doctrina?

ROBERTO No puede negarse.

OVALDO Cuanto más me opriman, mayor extentensión tomará aquel radio.

ROBERTO ¿Y si el consejo de guerra te condena a la última pena? ¿Y si el fallo se cumple?

OVALDO Alégrate por tu causa, que es la del pueblo. Fusilarán mi cuerpo, pero no podrán fusilar mi espíritu. Así éste llegará hasta el fondo de la conciencia universal.

ROBERTO A costa de tu sacrificio.

OVALDO Ven aquí... tú que elaboras el rayo en las fraguas de la Revolución... Toma un bloque de mármol y golpéalo con cuanta violencia quieras. Válete, como hace el escultor, de un cincel y un martillo... Y ahora dime: si tu mano no está bien dirigida por la fuerza del numen creador, ¿podrá nunca salir de tal trabajo y de semejante bloque la hermosa estatua de la libertad?

ROBERTO ¡Absorto te escucho!

OVALDO Pues eso hacéis vosotros con el pueblo. Le dais un cincel y un martillo, y le decís: ¡Golpea! Golpea con toda tu fuerza sobre el bloque de mármol... Y el pueblo, cuando no tiene capacidad o numen suficientes, hace pedazos el bloque, pero la estatua no resulta.

ROBERTO ¡Oh padre!

OVALDO ¿Sabes quiénes le dan al pueblo ese numen para que su titánico esfuerzo resulte

más fecundo y menos doloroso? El Libro, la Escuela, la Cátedra, la Universidad.

ROBERTO Me subyugas... No puedo discutir contigo, padre. No tiene mi cerebro tan divinos resplandores; pero yo debo decirte la verdad. Oigo interiormente una voz que me grita: «¡Por ti le matan!» Y he de apelar a todos los medios, por violentos que parezcan, para salvarte la vida. Si así no lo hiciera, sería yo, después de tu muerte, la sombra del hogar. Allí donde pusiera los ojos vería estampada aquella acusación terrible... Esta idea me quita el sueño y gravita sobre mi mente como el cuerpo de una montaña convertido en obscura pesadilla. ¡Yo te he perdido, padre! ¡Yo te he perdido!

OVALDO ¡Roberto!...

ROBERTO No; no prosigas... Todo el poder de tu sabiduría no basta para calmar la pena que siento. No es con luz del espíritu, sino con miel del corazón como se han de mitigar las angustias de mi conciencia perturbada. ¡Mírame a tus pies para pedirte perdón de rodillas por el inmenso dolor que he producido! Mi frente está abatida... Si aun me crees digno de tu generosa clemencia, dame tu bendición, padre mío, si no quieres que sucumba como un ser miserable, al peso del dolor que me oprime.

OVALDO Aguarda. Déjame estudiarte. Déjame ver la luz de tu alma, que es un destello de la mía. Aguarda a que el joyero del Espíritu tase el valor de esa piedra preciosa. *(Pausa.)* Tranquiliza tu conciencia, Roberto. *(Luego dice, extendiendo los brazos majestuosamente.)* ¡En nombre de la Libertad!... ¡Yo te bendigo! *(Telón rápido.)*

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO XI

Salón regio en el palacio del emperador de Rusia

ESCENA PRIMERA

Junto a una mesa que habrá a la izquierda, aparecen sentados el GENERAL GURBEN y otros generales y personajes, vestidos de rigurosa etiqueta; constituyen el Consejo en pleno del Gobierno ruso. A la derecha, frente al lugar que ocupa el general Gurben, jefe del gabinete, aparece GUILLERMO, en respetuosa actitud, cuadrado militarmente.

GURBEN — Capitán Guillermo... Su majestad el Emperador dispone que el Consejo en pleno le escuche para tomar nota de sus declaraciones, en gracia a la demanda que usted le ha dirigido y a la fama que goza en el ejército como soldado leal y valeroso.

GUILLER — Gracias, mi general.

GURBEN — Puede empezar cuando guste.

GUILLER. — Público es y notorio que el Consejo de guerra ha condenado a mi señor padre, Ovaldo Padewski, a la última pena...

GURBEN — Así es.

GUILLER. — Comprenda el Consejo cuál será el estado de mi ánimo.

GURBEN — Ya nos hacemos cargo, porque también nos consta que es usted un buen hijo.

GUILLER. — No he de discutir el fallo del Consejo.

GURBEN Ni se lo consentiríamos.

GUILLER. Convenido, mi general. Conozco a la mayor parte de los vocales que lo han constituído, y a todos les tengo por perfectos caballeros y pundonorosos militares... pero hay un cargo que no es justo... Por mi honor, y con la mano puesta en la empuñadura de mi espada, juro que el movimiento revolucionario que estalló en esta ciudad no fué obra ni inspiración de mi padre, como se afirma en la sentencia.

GURBEN ¿Lo hizo así constar en su declaración?

GUILLER. Sí, mi general.

GURBEN Entonces tranquilícese. Puesto que no lo ha tomado en cuenta el Consejo, debe usted comprender que no habrá encontrado méritos para ello.

GUILLER. Puede haber sido sorprendida la buena fe de los jueces.

GURBEN Es muy peligroso que continúe usted por ese camino. Díganos. ¿Quién soliviantó la conciencia del pueblo con libros, artículos y proclamas?... ¿No fué el padre de usted, Ovaldo Padewski? ¿No tuvo usted mismo que prenderle, encontrándole herido en su propia casa? ¿No se delató en presencia de los soldados que usted mandaba?

GUILLER. Así fué, pero...

GURBEN Además... Para robustecer aquella confesión, aparecen en los autos muchas declaraciones de soldados que en el mismo día del combate oyeron a los revolucionarios dar vivas a un Padewski que se batía encarnizadamente.

GUILLER Mi general; ese Padewski... ¡Ah.

GURBEN ¿Supongo que no era usted?..

GUILLER No; no, señor.

GURBEN ¿Luego era su padre?

GUILLER. Mi padre... sí. ¡Mi padre! (¡Oh fatalidad!)

GURBEN Ya ve usted que, en justicia, no cabe apelación contra la sentencia dictada.

GUILLER. Pero hay otra justicia más alta, mi general, que se sale de la esfera de los hechos, que no pueden rebatirse... La historia de mi padre... Su fama universal...

GURBEN Ese es un cargo más que hace mayor la responsabilidad contraída... El gobierno ruso no se arredra por las manifestaciones tumultuosas que se están verificando en París, Roma y Berlín... Tiene conciencia de su alta misión, y la cumplirá, pese al mundo entero.

GUILLER. Mi general, a veces la clemencia es más conveniente que la más rigurosa justicia. Carezco de palabras para elevar mi pensamiento hasta donde yo quisiera elevarlo... Mi lenguaje es rudo. Mi ciencia es la del soldado. No conozco a fondo más código que la ordenanza militar... mas, por instinto, alcanzo a ver que el indulto de mi padre, en vez de ser mal recibido por la conciencia pública, mitigaría los ardores con que hoy se agita la opinión... llevando la paz y la calma por todos los ámbitos del Imperio... Mi general, señores todos que forman el Consejo, yo les ruego que no desoigan este grito de mi alma: ¡Piedad para mi padre! ¡Piedad para mi padre!

GURBEN *(Pausa.)* No fatigue usted en un trabajo estéril las fuerzas del espíritu. No es posible acceder a lo que usted solicita. Hay altas razones de Estado que lo impiden. Lo sentimos mucho.

GURBEN *(Irguiéndose con gran dignidad.)* Entonces, mi general, con el respeto que le debo y con el corazón hecho jirones, tengo que despojarme de mi espada... *(Sacando la espada.)* Está limpia, mi general... No se ha manchado con ninguna alevosía. Con ella defendí las leyes del Imperio; mas ya no puede estar colgada a mi cinto... Reciba mi ósculo de despedida. *(La besa en la cruz.*

Colocándola encima de la mesa.) Ruego a vuecencia que la rinda a los pies del Emperador... Devuelta queda la prenda que era mi orgullo de soldado. Consideren todos que no puede ser capitán del ejército ruso el hijo que ha de ver como sus compañeros fusilan al padre... ¡Mi general, he terminado! Con su permiso me retiro. *(Vase en medio del más profundo silencio.)*

GURBEN ¡Es un buen hijo! Pero no acaba de ser un buen soldado.

ESCENA II

Dichos y AYUDANTE DE ORDENES, con un pliego

AYUDANTE Mi general. Un pliego urgente.

GURBEN Venga. *(Toma el pliego.)* Espere órdenes. *(El ayudante se retira al foro sin salir de escena. Los ministros se reunen en grupo aparte. El general lee el pliego por lo bajo.)* ¡Hola! ¡Hola!... Esa es la respuesta que podía haberse dado al capitán Guillermo... Aquí se manifiestan graves temores de próxima sedición militar. Según parece, las fuerzas que vinieron de Moscou tratan de cubrirse de ignominia... También los granaderos aflojan los lazos de su disciplina... ¡Ira de Dios! Las noticias que se reciben del extranjero caldean los ánimos... La causa, Ovaldo Padewski. Es preciso acabar... *(Escribe y luego cierra el plego.)* Venga usted. *(El oficial se acerca.)* Lleve inmediatamente este pliego al coronel Silok, alcaide de las prisiones militares... Encárguele de viva voz el exacto y fatal cumplimiento de las órdenes que se le transmiten. *(Vase el ayudante.)*

GURBEN ¡Cuanto antes!... Así lo reclama la salud del Imperio. *(Se une a sus compañeros de gabinete, mostrándoles el pliego.)* Al despacho, señores; se trata de asuntos de la mayor urgencia y gravedad.

CUADRO XII

Decoración de bosque del cuadro tercero

ESCENA PRIMERA

Aparece KUROK por la derecha. Es de noche

KUROK — Ya ha descendido la noche por calles y plazas... Lo malo es que no tardará en salir la luna... No importa... Asaltaremos la cárcel a sus resplandores. ¡Y que está abarrotada de prisioneros!... ¡Buena sorpresa les preparamos! A mí me entusiasman estos episodios, o como se llamen... Las cosas deben hacerse así, de sopetón... Duro y a la cabeza... ¿Y Roberto? No tardará en venir. ¡Vaya un mozo con coraje y cerebro! Por eso me tiene a sus órdenes... Y muy a gusto, porque a Kurok no le manda nadie como no tenga el corazón en su punto. ¿No lo dije? Aquí viene.

ESCENA II

Dicho y ROBERTO, por la derecha

ROBERTO — ¡Kurok!

KUROK — El mismo.

ROBERTO — ¿No hay novedad?

KUROK — Ninguna... Todo va como una seda.

ROBERTO — ¿Nuestros amigos?...

KUROK — No tardará la noche en vomitarlos por estos alrededores como fantasmas de carne y hueso, armados hasta los dientes.

ROBERTO — ¿Dónde se ocultan?

KUROK — Agazapados como conejos en las quiebras de las rocas... Un centenar de ellos se ha esparcido por los cafés-conciertos que hay por estos barrios extremos... Dijéronme que en uno de ellos se exhibe una mujer

completamente desnuda, y que en otros se representan funciones muy obscenas. Allí acudieron nuestros compañeros, porque en semejante lugar no infunden sospechas a la policía.

ROBERTO ¿Sabes por qué?

KUROK Lo presumo.

ROBERTO Porque la policía sabe perfectamente que todos los que frecuentan semejantes espectáculos tienen muy poco de hombres, y no hay que temer nada de ellos. La raza varonil huye de esos teatros indecentes, donde se desfloran los encantos de la honestidad y se debilita el vigor de la noble especie humana.

KUROK Bien dicho.

ROBERTO En cambio se clausuran las escuelas y centros de enseñanza popular.

KUROK Y eso, ¿cómo se explica?

ROBERTO Está relacionado con lo otro. A los déspotas no les conviene que haya obreros ilustrados. Prefieren que el Arte manche sus alas de oro en la escena prostituída, para que se rebaje el nivel moral de los espectadores. De este modo se pierden las energías del espíritu, y así es como un pueblo merece ser esclavo.

KUROK ¡Demonio! Si yo tuviera tu talento y pudiera explicarme de esa manera...

ROBERTO ¿Qué harías?

KUROK Nada; porque ya me hubieran fusilado.

ROBERTO Pero tienes un gran corazón y una voluntad de hierro.

KUROK Eso sí... Aunque ponga una mano en el fuego no siento el dolor que produce la carne abrasada, como yo me empeñe en que no me duela. Soy piedra muy tosca, compañero.

ROBERTO Volvamos a nuestro principal asunto. El asalto será muy duro si los oficiales comprometidos no cumplen su promesa dejándonos la entrada libre.

KUROK Los pasaremos a cuchillo.

ROBERTO Los manda el coronel Silok... El soldado más implacable y duro del ejército ruso.

KUROK ¿Más duro que Kurok el revolucionario? ¡Bah! ¡Puede que nos veamos las caras esta noche! El no ha sido deportado a la Siberia como yo... Allí aprendí a luchar cuerpo a cuerpo con los osos... ¡A ese lobo le tengo yo ganas!...

ROBERTO ¿No sabes quién forma parte de la partida?

KUROK ¿Quién?

ROBERTO Mi hermano Guillermo

KUROK ¿El capitán?

ROBERTO El mismo.

KUROK Valiente mozo... Ya le vi luchar bravamente contra nosotros. El valor bien está allí donde se encuentra. ¿Pero cómo es que...?

ROBERTO No tardará... Nos hemos citado en este mismo lugar... Fué a pedirle al Emperador el indulto de mi padre, decidido a devolverle la espada si no lo consigue.

ESCENA III

Dichos y GUILLERMO, vestido de paisano, por la derech.

GUILLER. Bajad la voz, con mil de a caballo. Todo se oye.

ROBERTO Bien venido, Guillermo.

GUILLER. Ya soy libre... Ya puedo luchar en vuestra compañía.

ROBERTO ¿Se negó el Consejo?

GUILLER. Inútil ha sido que apelara a las conveniencias de Estado y a la piedad de sus corazones. Nuestro padre será fusilado mañana al rayar el día, si no le salvamos nosotros esta noche.

ROBERTO Te presento a Kurok. ¿Sabes? A Kurok.

KUROK Le salvaremos.

GUILLER. Bien le conocen mis granaderos.

KUROK Ya nos hemos puesto en contacto algunas veces.

GUILLER. Venga esa mano. Es usted un valiente.

KUROK Muchas gracias. Yo no le devuelvo el piropo para que no crea que es interesado. *(Señalando la derecha.)* Por allí veo deslizarse algunos bultos negros.

KUROK Es nuestra gente, que empieza a unirse por grupos para emboscarse en torno de la cárcel.

ROBERTO Vé tú, Kurok... ponte al frente de los tuyos... Yo iré con los míos... Ya lo sabes, la señal, dos disparos de revólver... Habrá lucha dentro y fuera...

KUROK No hay más que hablar. Hasta luego. *(Vase Kurok por la izquierda.)*

GUILLER. ¡Hermano! Si no fuera de noche verías mis ojos enrojecidos.

ROBERTO Mis lágrimas corren por dentro, y son de sangre.

GUILLER. Perezcamos antes que consentir en que se lleve a cabo la inicua sentencia.

ROBERTO ¿Y nuestra madre?

GUILLER. Ya sabe la fatal noticia. «¡Esposo mío! ¡Esposo mío!» gritó, y allá se fué con sus hijas en un coche.

ROBERTO ¡Acaso el último adiós!..

GUILLER. ¡La postrera despedida!

ROBERTO Ahora que nadie nos ve. ¿Quieres darme un abrazo, Guillermo?

GUILLER. Eso iba a pedirte. *(Se abrazan*

ROBERTO ¡Hermano!

GUILLER. ¡Hermano!

ROBERTO Basta... Sígueme. *(Desasiéndose de sus brazos.)*

GUILLER. Ya te sigo. *(Vanse por la izquierda.)*

CUADRO XIII

La cárcel del cuadro décimo. Una mesa escritorio a la izquierda

ESCENA PRIMERA

Aparecen OVALDO sentado junto a la mesa. A su lado, sentada también, CATALINA, que solloza profundamente. Al ángulo derecho, en otro grupo, BEATRIZ, EMMA y JULIA, vestidas de negro.

OVALDO ¡Catalina! Esposa mía. Cese ya tu llanto.

CATALINA No puedo, Ovaldo, no puedo.

OVALDO Piensa en que los instantes son preciosos.

CATALINA ¡Cómo desvanecer esta angustia! ¡Ay de mí!...

OVALDO Da buen ejemplo a tus hijas mostrando el valor del alma en las crisis más amargas de la vida. Piensa en que hoy el mundo entero tiene puesta la mirada en esta cárcel, y que yo debo aparecer a sus ojos como el hombre convencido de la firmeza de su doctrina.

CATALINA ¡Ovaldo de mi vida!

BEATRIZ ¡Ay Julia!

JULIA ¡Ay Beatriz!

EMMA ¡Ay hermanas!

OVALDO Esto nunca acaba, Catalina. Vais a conseguir que pierda la serenidad... Siento mucho ser desobedecido, precisamente en la hora crítica en que mejores frutos pensaba sacar de vuestra obediencia.

CATALINA *(Después de dar un gran suspiro.)* ¡Ay! Bueno, Ovaldo... Ya te escucho...

BEATRIZ Ya te obedecemos, papá.

OVALDO *(Tomando un fajo de cuartillas que habrá sobre la mesa.)* Toma estas cuartillas... Unelas a las que tengo escritas, y que hallarás en uno de los cajones de mi mesa-escritorio. Prisionero en esta cárcel, he terminado mi obra «Filosofía del Bien». La edición de esta obra ha de producirte, pecuniariamente, muy buenos resultados, a la vez

que satisfaces las aspiraciones de tu esposo, procurando que obtenga la mayor publicidad...

CATALINA Así lo haré, esposo del alma!

OVALDO Procura que nuestras hijas sigan dedicando el producto de sus labores artísticas al socorro de los obreros faltos de trabajo.

CATALINA Ese es su mejor deseo

OVALDO Ahuyenta de sus almas toda ambición de lujo... Prefiero que sean pobres y que se unan a hombres modestos, pero honrados y trabajadores.

BEATRIZ Ya te oímos, padre; ya te oímos.

JULIA Seguiremos tus consejos.

OVALDO Que me place, hijas mías. ¡Esta es noche tristeza, pero también de gloria! ¡Se esculpirá en mármoles! Voy a pediros un favor muy grande. De paso le impondremos alguna disciplina a nuestro mutuo dolor.

EMMA Manda

JULIA Pídenos la vida, padre

BEATRIZ ¡Morir! ¡Qué dicha para nosotras!

OVALDO Deseo oir de vuestros labios, por última vez, mis frases simbólicas, mi filosofía humanizada, como en mejores tiempos. *(Beatriz, Julia y Emma, con voz trémula, llorando, sin poder contener la emoción que sienten.)*

BEATRIZ Yo soy la idea.

JULIA Yo soy la forma.

EMMA Yo soy la materia

OVALDO Muévete, idea.

BEATRIZ No puedo moverme sin una ley que me sirva de principio

OVALDO Muévete, forma.

JULIA No puedo moverme sin una idea que me dé dirección.

OVALDO Muévete, materia.

EMMA No puedo moverme sin una forma que me dé sus límites.

OVALDO ¿Qué sois?

BEATRIZ Fuerza.

JULIA Fuerza.

EMMA Fuerza.

OVALDO También el dolor es una condensación de la fuerza. No hay realidad sin fuerza, hijas mías. Cogeos de las manos. *(Beatriz Emma y Julia ejecutan el mandato de su padre.)* Ya están unidas la idea, la fuerza y la materia. Habéis establecido una corriente y organizado una existencia. Ahí tenéis la imagen de la vida. ¿Queréis saber ahora lo que vale y significa la muerte? Soltaos. Dejad las manos libres. Ya os habéis desunido, sin que se pierda ninguno de vuestros elementos de fuerza. ¡Esa es la imagen de la muerte!

CATALINA ¡Resplandor de tu cerebro! ¡Hermosa enseñanza que jamás olvidaremos!

BEATRIZ Nos servirá de recuerdo para siempre.

OVALDO Así fortaleceréis vuestra alma y veréis sin pavor acercarse el último trance de la vida. Sepárate un momento, esposa. Vé allá con tus hijas. Que sea tu amor de madre el dique que contenga su pena desbordada. Ven a mi lado un momento, Beatriz. *(Catalina obedece a su marido. Beatriz ocupa el asiento que deja su madre.)*

BEATRIZ Aquí me tienes.

OVALDO Beatriz... ¡Flor de mi vida! ¡Eres hermosa como un ángel! Sigue siendo buena... En la bondad de tu ser está tu mejor belleza. No desampares nunca a tu madre. Sírvele de consuelo en este doloroso paso de nuestra vida.

BEATRIZ ¡Ay, padre mío! ¡padre mío! ¡cómo no seguir tu consejo!

OVALDO Que venga Julia.. *(Beatriz se incorpora al grupo que forman sus hermanas, llorosas y afligidas, apoyadas en los brazos de su madre. Julia acude al llamamiento de su padre.)*

JULIA *(Arrodillándose.)* Aquí estoy.

OVALDO ¿Por qué te arrodillas?

JULIA — Para adorarte como a Dios se adora, porque tú has sido y eres nuestro Dios.

OVALDO — Dios es más grande que sus criaturas... Julia, encanto de mi espíritu... Tú te distingues por tu cariño a los pobres... Que nunca se agote esa hermosa fuente de tu corazón, porque es pura y cristalina.

JULIA — Pensando en ti se acrecentarán sus raudales. Queda tranquilo. Vivirás eternamente en el recuerdo de tu hija y en el alma de los pobres.

OVALDO — ¡Emma! *(Se repite el cambio como antes.)*

EMMA — *(Abrazándole.)* ¿Qué quieres de tu hija?

OVALDO — ¡Emma! ¡Luz de mis ojos!... Acuérdate de mí cuando hagas gemir a tu piano en alguna de las sonatas de Beethoven. Ya sabes que es mi maestro favorito... ¡Las veces que has endulzado mi vida con su música inmortal!

EMMA — ¡Beethoven! ¡Ay, padre! ¡No lo olvidaré nunca! ¡Ya, cuántas lágrimas tiene que arrancar a mis ojos!

OVALDO — Adiós, Emma. *(Emma se une a sus hermanas.)*

ESCENA II

Dichos y GUARDIAN, abriendo la puerta de la carcel

GUARDIÁN — Pasó la hora.

CATALIN — *(Volviendo al lado de su esposo. Este se habrá levantado.)* ¡Ovaldo!

OVALDO — Ya lo veis... Hemos hecho demasiado larga esta despedida.

BEATRIZ — ¡Ay, hermanas!

CATALINA — Que vengan a arrancarme de tus brazos! ¡Quiero morir contigo.

JULIA — ¡Y nosotras también!

EMMA — ¡Que nos quiten la vida!

OVALDO — *(Con mucha firmeza a Catalina.)* ¡Mis piernas flaquean! Mi espíritu decae. Ayúdame, Catalina, a salir de esta angustiosa situación.

CATALINA *(Como tomando una enérgica y salvadora resolución.)* Beatriz, cógete del brazo de Julia. Emma, cógete a mi brazo. Salid vosotras las primeras. ¡Adiós, esposo adorado!

OVALDO ¡Adiós, esposa mía!

BEATRIZ ¡Adiós, padre!

OVALDO ¡Adiós, hijas de mi alma! *(Vanse derecha.)* ¡Ya estoy solo! ¡Ya puedo llorar! *(Se sienta junto a la mesa, apoya los codos sobre ella y hunde la cabeza entre ambas manos. Después de una pausa.)* ¡Ya pasó el turbión!... Ya volvió a su cauce el río desbordado... ¡Pongamos término a la carta que dirijo al emperador! ¡Puede que así obtengan su gracia los infelices obreros que gimen en estas cárceles! *(Escribe.)*

CENTINELA ¡Centinela, alerta!

OTRO ¡Alerta!...

OTRO ¡Alerta está!..

ESCENA III

Aparece el coronel SILOK por la derecha, seguido de un oficial y cuatro granaderos

OVALDO ¿Quién me interrumpe? ¡Ah! Es usted, coronel... ¿Cómo así? ¿Con tales arrestos?

SILOK Puede terminar la carta que se hallaba escribiendo.

OVALDO *(Escribe un instante de nuevo. Firma la carta y dice:)* Ya acabé... ¡Hermosa epístola la que dirijo a vuestro soberano!

SILOK ¿Le escribe usted al Emperador?

OVALDO Le pido gracia para estos desdichados prisioneros.

SILOK ¿Quiere usted añadir una postdata?

OVALDO Con mucho gusto. Dicte usted.

SILOK En este momento me comunica el coronel Silok la orden.

OVALDO Ya está.

SILOK La orden

OVALDO ¿Quiere usted que yo escriba la postdata entera?

SILOK Me sacaría del atolladero.

OVALDO *(Escribiendo.)* La orden que ha recibido de que el fallo del Consejo de guerra se ejecute inmediatamente, sin aguardar a que amanezca el día.

SILOK Eso mismo. Es usted un hombre valeroso

OVALDO Ser fusilado esta noche o serlo mañana... Ya ve usted que es lo mismo

SILOK Cuando usted quiera.

OVALDO Un buen consejo, coronel.

SILOK Venga.

OVALDO Goza usted fama de ser muy sanguinario y duro... No en todas las ocasiones es incompatible la humanidad con los deberes del soldado... Sea usted más humano, coronel...

SILOK Acepto el consejo.

OVALDO Rindamos el supremo culto a la Vida... La muerte es la libertad del espíritu.

SILOK Cumpla usted mis órdenes, caballero oficial.

OFICIAL Está bien, mi coronel.

OVALDO Vamos. *(Vanse todos menos el coronel.)*

ESCENA IV

SILOK

¡Qué sangre fría tan admirable! Este filósofo hubiera hecho un buen soldado. Seguiré sus pasos desde esta reja. Debo convencerme por mí mismo de que son bien acatadas mis órdenes... Por allí asoma, entre el oficial que abre camino a la luz de su linterna y los soldados que le siguen. Ya llegaron. Se necesita toda mi indomable entereza para conservar la calma. No quiere que le pongan de rodillas. ¡Bueno! Que le fusilen de pie. ¡Fuego!

(Dentro se oye una descarga.) Ya ha sido fusilado. Mi deber se ha cumplido. Yo no soy ni debo ser filósofo. Mi única filosofía es la ordenanza. *(Dentro se oye un ruido formidable y voces de: «¡Arriba! ¡Arriba!», acompañado todo de algunos disparos.)* ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Hemos sido atacados? ¡A las armas, soldados! ¡A las armas! *(Vase por la derecha.)*

ROBERTO *(Dentro gritando.)* ¡Padre!...

GUILLER. *(Lo mismo.)* ¡Padre!...

ROBERTO Por aquí, Guillermo, por aquí.

GUILLER. ¡Adelante, Roberto!

ESCENA ULTIMA

Aparecen ROBERTO y GUILLERMO, seguidos de los CIUDADANOS 1.º, 2.º y 3.º y otros varios, algunos con teas encendidas.

ROBERTO ¡Padre!

GUILLER. Aquí no está tampoco.

ROBERTO Esta era su prisión.

GUILLER. ¿Estás seguro?

ROBERTO Segurísimo.

KUROK *(Dentro, con voz de trueno.)* ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO *(Yéndose a la izquierda.)* ¡Kurok!

KUROK ¡Aquí está el cuerpo de tu padre! ¡Ya lo han fusilado.

GUILLER. *(Va a la otra reja.)* ¡Bondad divina!

ROBERTO ¡Maldición! ¿Qué dices, Kurok?

KUROK ¡Mírale al resplandor de las teas

ROBERTO ¡Aquel cuerpo ensangrentado... que yace allí tendido!...

GUILLER. Sí, Roberto. ¡Aquél es nuestro padre!

CIUDA. 1 Qué horror!

ROBERTO ¡Iniquidad sin ejemplo! ¡Odio infernal de los hombres!... ¡Fieras de la humanidad!... ¡Le habéis asesinado!...

GUILLER. ¡Padre! ¡Padre mío!

ROBERTO ¡Padre! ¡Padre de mi alma!

GUILLER. ¡Qué dolor tan grande!

ROBERTO ¡Oh desesperación! Puedes más que la muerte... No se desvanece la sangrienta imagen!... Esta pena no se ahoga con lágrimas... *(Arrebata la tea encendida que lleva un ciudadano.)* ¡Venga una tea! *(Se aproxima a la reja, gritando:)* ¡Kurok!

KUROK *(Dentro.)* ¡Aquí estoy, Roberto!

ROBERTO ¡Incendiadlo todo! ¡Destruidlo todo! ¡Que se forme un sol de llamas! ¡Que sobrevenga el caos!

GUILLER. ¡Sí! ¡Que se abrase la tierra! ¡Que se desplome el cielo!

ROBERTO *(Dirígese en esto, a sus compañeros.)* ¡Compañeros! ¡Caiga en humeantes ruinas esta cárcel! ¡Nido de sombras! ¡Alcázar de dolores! ¡Que nada quede en pie! ¡Ni muro sobre muro! ¡Ni piedra sobre piedra! *(Vase gritando:)* ¡Fuego!

TODOS *(Vanse tras él, gritando:)* ¡Fuego!...

(La escena ya se halla enrojecida por el resplandor del incendio, cuyas llamas se dejan ver a través de las rejas. Al acabar de hacer mutis todos los personajes, se desploma el muro que cierra la escena en el foro, quedando a los ojos del espectador el horizonte abierto. Aparece la ciudad de San Petersburgo en lontananza con su iluminación nocturna. Oyense, a lo lejos, los cantos de la Marsellesa» y vivas a la libertad, del pueblo y los regimientos de Moscou, que se suponen sublevados. Asimismo retumba el cañón, revelándose la nueva lucha que se entabla en las calles de la lejana ciudad. Gradúese bien este efecto, para que produzca toda la imponente majestad y grandeza.

FIN DEL DRAMA

OBRAS TEATRALES DEL EMINENTE AUTOR

JOSE FOLA IGURBIDE

DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

El Sol de la Humanidad
El Cristo Moderno
Joaquín Costa o El Espíritu Fuerte
Los Dioses de la Mentira
Ilusión y Realidad
La Máquina Humana
El Pan de Piedra (El Carbón)
El Monstruo de Oro
La Libertad Caída
Emilio Zola o El Poder del Genio
La Pilarica
La Domadora de Leones
La Ola Gigante
El Arte de Enamorar
Giordano Bruno
El Cacique, o La Justicia del Pueblo
La Sociedad Ideal
La Muerte del Tirano

OBRAS DE JUAN B. ENSEÑAT

Catalina de Médicis
Los dos Pilletes
El primo Teodoro